

EN LAS FRONTERAS GALACTICAS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



EN LAS FRONTERAS GALACTICAS

A. Thorkent

CIENCIA FICCION





La conquista del ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

465.- La feria de las estrellas. - Clark Carrados.

466.- Esclavos del loco. - Ralph Barby.

467.- El mundo del viento cósmico. - Curtis Garland.

468.- La diosa que llegó de las estrellas. - Ralph Barby.

469.- La muerte helada. - Ralph Barby.

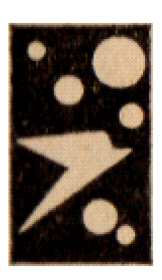
A. THORKENT

EN LAS FRONTERAS GALÁCTICAS

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 470

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 22.356 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain.

1ª edición: agosto, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPÍTULO PRIMERO

Al cabo de dos años, Jhon Gross terminó de hacer las averiguaciones que consideró imprescindibles antes de pasar a la acción.

Entonces comenzó a desarrollar su plan de acción, minuciosa y metódicamente. Evitó las iras de los carceleros y siempre fue el más severo cumplidor de las normas. Cuando el alcaide estuvo seguro de su comportamiento, le permitió realizar pequeños trabajos. Primero fue destinado a la cocina y luego a la sección de lavandería.

Jhon lo soportó todo estoicamente. Pensaba que aquello era una especie de prueba. No se equivocó. Apenas estuvo dos semanas en las lavanderías. El alcaide debió pensar que era una estupidez desperdiciar su talento en trabajos tan simples y ordenó su traslado a los talleres de reparación.

Era lo que Jhon Gross había estado esperando. Sabía que durante las primeras semanas sería vigilado y, durante ese tiempo, se esforzó en no levantar la más mínima sospecha. Luego, cuando la vigilancia disminuyó, comenzó a recopilar el material que precisaba.

Sólo recogía las piezas electrónicas desechadas del montón que se apilaba para su destrucción. Pero él procuraba que allí fueran muchas, que le serían útiles.

En su celda, Jhon empezó a montar, de noche, el dispositivo. Le costó mucho, pero logró reducir su tamaño al de una canica, que siempre ocultó fácilmente.

La tarde que lo cargó con suficiente energía del suministrador del taller, aprovechando una distracción del encargado, decidió que ya sólo le quedaba elegir el día.

Los dos años anteriores los había pasado Jhon haciendo indagaciones, siempre procurando no levantar sospechas.

Cuando le llevaron a aquel penal, ni sabía dónde estaba. Era una norma que se aplicaba a todos los reclusos, pero él logró conocer su posición, al menos aproximada, en el espacio. Sabía que era un planeta árido, casi un asteroide, sobre el cual se había construido aquella enorme base penitenciaria, situado a unos cien años luz de la Tierra.

La vigilancia en el penal no era excesivamente severa, al menos en la mayor parte de sus dependencias. Era una pérdida de tiempo cuidar que los presos no escaparan, puesto que salir al exterior equivalía a una muerte rápida, si no se llevaba un traje de vacío,

La zona más vigilada de la base era la dedicada a los hangares, en donde periódicamente descendían las naves estelares, cargadas de suministros, que despegaban repletas del mineral que las brigadas de presos más peligrosos extraían de las entrañas del planeta.

Las condiciones de vida y trabajo de los condenados eran bastante pasables. La comida, abundante y sana, así como el sistema de higiene. Pero era una cárcel, a enorme distancia de su planeta, pensaba constantemente Jhon.

La única forma de escapar era por medio de alguna de las naves que partían hacia otros mundos de la Galaxia. Y para llegar hasta una de ellas, era preciso ser inteligente, conocer profundamente los sistemas de seguridad y de alarma, situados alrededor de los hangares subterráneos.

Jhon llevaba grabado en su mente un detallado plano del lugar y también de los sistemas de alarma, objetivos visores y patrullas armadas, que no dudarían un segundo en dispararle si le descubrían en una zona no permitida para él.

Apenas amanecía en el día artificial de la base, la puerta de la celda de Jhon, así como la de todos los condenados se abría. Cada uno se dirigía hacia su lugar de trabajo, en donde permanecía tres horas. Luego, la comida, un pequeño descanso en las salas comunes, y vuelta al trabajo otra vez. Llegaba la cena, un ligero esparcimiento y la sirena alcanzaba a todos los rincones de la base. En silencio y disciplinadamente, los condenados se reintegraban a sus celdas. Las puertas de acero se cerraban detrás de ellos, hasta el día siguiente.

Jhon había conseguido soportar aquella monotonía durante dos largos años. No estaba dispuesto a continuar así, hasta que cumpliese con su condena. Aunque obtuviese el máximo de rebajas por buen comportamiento nada le libraría de estar allí aún quince años más.

Mientras no diese problemas a la dirección, Jhon sabía que no recibiría ninguna clase de castigo. Algunos hombres se ponían nerviosos, cometían errores y eran aislados durante semanas. Nadie sabía lo que les ocurría. Cuando se reintegraban a la rutina, estaban más mansos que un gatito recién nacido. Tampoco nadie se atrevía a

querer saber lo que les pasaba.

Sólo los convictos más peligrosos eran destinados a las brigadas mineras. Era el destino más duro. Los reincidentes en las infracciones a las leyes de la base también eran castigados y enviados al subsuelo por períodos de semanas o meses.

Desde el primer momento, Jhon no quiso hacer amigos entre los penados. Fue un solitario, y los demás no se esforzaron en buscar su amistad., Le ignoraban.

Era, precisamente, lo que él quería. Así consiguió que el alcaide le enviase a una celda individual. Jhon arguyó que prefería estar solo, ya que practicaba una religión que le prohibía dormir con personas del mismo sexo. El alcaide se encogió de hombros y no tuvo inconveniente en ordenar que le destinasen a una celda para él solo.

En el taller le resultó fácil, en cierta manera, apropiarse de una relación de naves que llegarían a la prisión, con sus horarios de partida y destino. Algunas veces el capataz le llevaba con él a los hangares, cuando era preciso hacer unas reparaciones en algún navío. Jhon procuraba estar siempre dispuesto a ir a los hangares.

Como no podía copiar las fechas de llegada y salida de las naves, acondicionó su mente para aprenderse los datos de memoria. Siempre gozó de la facultad de recordar todo lo que se proponía.

Aquella noche, apenas se cerró la puerta de su celda, se sentó frente a ella, esperando el momento. Mentalmente contó los segundos, hasta que transcurrieron dos horas. Entonces se puso en pie, extrajo el diminuto dispositivo, y lo acercó a la cerradura de la puerta.

La hoja de acero se deslizó silenciosamente hacia un lado. Jhon salió al pasillo. Después de asegurarse, como esperaba, de que no había ningún vigilante, anduvo de puntillas.

Pasó por delante de docenas de puertas cerradas, tras las cuales debían dormir los penados. Escuchó algunos ronquidos y sonrió. Al día siguiente, si todo salía bien, la conmoción en la base sería enorme. Nunca, nadie había conseguido fugarse de allí. Al menos, eso decían los guardianes, burlonamente, a los presos.

Alcanzó la escalera metálica y se deslizó por los pasamanos. Sabía que si pisaba los peldaños sonaría una alarma en algún lugar. Lo había averiguado desde hacía tiempo, gracias a un detector con el que pasó por allí, mientras iba con el capataz para reparar las instalaciones

térmicas de los lavabos, avería que él provocó porque quería asegurarse del tipo de alarmas situadas por el camino que debería recorrer, algún día.

Acarició su diminuto aparato, movió un dispositivo del tamaño de una cabeza de alfiler y las puertas se le fueron abriendo, de igual forma que si los celadores fueran con sus codificadores oficiales. De esta forma, las alarmas no podían entrar en funcionamiento.

Al llegar casi a la salida de las salas, aguardó unos tres minutos, que controló contando los segundos. Si hubiera tenido un cronómetro, no se hubiera equivocado menos.

La patrulla pasó por el pasillo adyacente. Iba a efectuarse el segundo relevo de la noche. Casi corriendo, Jhon cruzó el corredor, y abrió el hueco del sistema de ventilación. Desde dentro, volvió a colocar la plancha perforada de hierro y gateó por el brillante tubo. Tenía que darse prisa. Antes de quince minutos, aquello sería peor que estar en el mismo centro de un huracán. Cada veinte minutos, el dispositivo automático se ponía en marcha.

Pero Jhon alcanzó su destino antes que el viento aullase en silencio, por el sistema de ventilación. Salió a un pasillo levemente iluminado de rojo, indicativo de que aquella zona estaba terminantemente prohibida a los presos.

Más adelante, Jhon tuvo oportunidad de saber la hora exacta. Vio un reloj colgado de la pared, en las silenciosas oficinas administrativas del espacioso puerto subterráneo.

En la base se contabilizaba el tiempo, según el sistema de la Tierra, dividiendo el día de veinticuatro horas en períodos de trabajo, descanso y sueño, artificialmente. El reloj mostró las dos y doce de la madrugada.

Jhon se apretó los labios, y pensó que debería darse un poco de prisa.

Atravesó las oficinas y sólo se detuvo un instante junto al ropero de los empleados civiles. De allí sacó un traje de su medida. No estaba dispuesto a continuar demasiado tiempo con el oscuro y significativo traje de presidiario. También tomó dos pantalones y todo lo guardó en una pequeña bolsa. Luego, continuó.

A llegar a los montacargas, dudó unos segundos, pero se decidió por ellos. La caja le dejó casi cerca de la superficie. Salió del ascensor y se deslizó rápidamente por el pasillo, hasta alcanzar un recoveco, tras el

cual se ocultó, y dejó que tres operarios de los hangares pasaran por su lado. Luego llegaron unas carretas eléctricas, cargadas de bultos de plástico. Jhon sonrió al identificar las siglas del correo estelar. El ligero temor que le embargó, desde que salió de su celda, se había esfumado. Ya no tenía la menor duda que el navío correo estaba descargando. El navegador aún estaría allí, terminando su informe, y haciéndose cargo de la correspondencia privada del alcaide, que entregaría personalmente.

Unos minutos después, Jhon cruzó los tres metros de anchura del pasillo y entró en el hangar número cinco.

Aquel hangar era doble, por lo que podía acoger a dos naves. Sólo había una, allá al fondo: el correo.

Las potentes luces del techo hacían brillar su fuselaje. No era muy grande, pero sí capaz de cruzar años luz a través del hiperespacio. Recordó cuál sería el punto de destino de la nave, un planeta de Sirio, en donde las leyes de la Tierra no gozaban del derecho de extradición, aunque sí mantenía, el gobierno de la Federación, buenas relaciones con los nativos.

Jhon había tenido que averiguar muchas cosas, antes de decidirse a poner en práctica la evasión. Las naves que llegaban a la base tenían codificadas sus rutas completas, por lo que era casi imposible desviarlas. Si el correo había llegado a la base, procedente de Jiltems, cuarto planeta de un lejano sol rojo, y tenía previsto ir a Sirio, nada ni nadie podía evitarlo. La única forma era no ponerla en marcha, dejarla allí anclada.

Pero Jhon necesitaba al piloto-cartero. El código de poner en marcha los potentes motores de la nave correo sólo lo conocía él en aquel asteroide-prisión.

La descarga de la correspondencia y paquetes había terminado. La luz, arriba de la entrada de la nave, indicaba que el navegador aún estaba dentro. Era normal que todos los hombres del hangar se hubieran marchado, una vez terminado su cometido.

Era el momento ideal, pensó Jhon, bajando por la escalerilla.

Cuando estuvo a punto de franquear la abierta compuerta, una luz amarilla se encendió encima de la gran entrada, cerrada, que aislaba el hangar del vacío exterior.

A Jhon se le puso la carne de gallina Por un momento, había olvidado

que se esperaba una nave, no identificada, para dentro de dos horas. ¿Es que se había equivocado al calcular el tiempo?

No, se respondió meneando la cabeza. Si la luz amarilla indicaba que en veinte minutos el hangar se abriría para permitir el paso de otra nave que ocupase la pista vacía, significaba que la llegada del próximo navío se había anticipado.

Seguramente, el piloto-cartero, en el interior de la nave, se había dado cuenta del aviso. Tenía que apresurarse, sellar su nave y salir del hangar antes que la luz amarilla se tornase roja, lo que predecía que, diez minutos después, las compuertas del hangar se abrirían.

Jhon saltó al interior y sacó la delgada vara que aquella misma mañana había terminado de forjar en el taller. Era un trozo de metal plateado, delgado. Si lo tomaba adecuadamente con la mano derecha parecería una pistola de calor ante la mirada de alguien que estuviese un poco asustado.

Se volvió y cerró la compuerta. Sabía que una luz parpadearía en el puente de control, indicando al cartero lo que había pasado.

Como Jhon había pensado, un hombre vestido con el uniforme azul y gorra de visera entró en el compartimento estanco. Tenía arrugado el ceño y abrió la boca al ver a Jhon.

—Amigo, levante las manos y regrese, muy despacio, a la sala de control.

—Pero ... —empezó a balbucir el cartero.

—No quiero perder el tiempo —dijo Jhon, apuntándole con su varilla metálica. No había demasiada luz y confiaba que el otro no descubriese el engaño.

—Está usted loco. —Pareció darse cuenta de que Jhon era un presidiario y aquello le pareció aún más fantástico—. No podrá escapar, amigo.

—No soy su amigo. Y tampoco creo que usted quiera serlo mío de verdad. Vamos, camine. ¿Es que no ha escuchado el aviso?

—Sí, claro. Una nave llegará en breve a este hangar y...

—Pues le advierto que si para entonces usted no ha puesto en marcha este trasto le convertiré en un montón de carne achicharrada.

El cartero se volvió y caminó hacia la sala de mando.

Allí se sentó pesadamente en uno de los dos sillones, frente a los mandos. Arriba, una gran pantalla mostraba la compuerta, aún cerrada. La luz amarilla se estaba volviendo de color naranja muy despacio.

Jhon se arrellanó en el otro sillón. Notó que unas gotitas de sudor resbalaban por su rostro y se pasó la mano.

—Si dentro de unos minutos no abandono esta nave sospecharán algo y vendrán a investigar…

—No sea tonto, amigo. Sé cómo funciona esto. Usted ha hecho muchos viajes a este sitio y conoce las costumbres. En control central saben que usted habrá abandonado su navío antes de que las compuertas se abran.

—Pero ¿qué pretende?

—No peque de ingenuo. Quiero marcharme de aquí. Así de sencillo. Usted puede anticipar desde aquí el momento que la compuerta se abra. No quiero esperar a que lo hagan desde el control para que entre la otra nave, que aún debe estar por el hiperespacio.

—Parece saber mucho, ¿eh?—masculló el cartero.

—Lo bastante para no cometer errores.

—Amigo, ¿qué pasará si me niego? —sonrió el cartero. Era un hombre joven y Jhon sintió una brizna de simpatía hacia él. Una vez pasado el momento de la sorpresa, no mostraba tener miedo.

—Le mataré.

—No le creo capaz.

—¿Quiere saberlo? —preguntó Jhon, apoyando el metal contra la espalda del cartero.

—No. Pero no puedo conducirle adonde usted quiera.

Le prevengo que…

—No se esfuerce, amigo. Lo sé todo. Conozco el sistema.

El cartero se volvió ligeramente, sonriendo enigmáticamente.

—¿De veras?

Apenas asintió Jhon, el otro empezó a mover los mandos. Por la pantalla, las compuertas se abrieron, apareciendo el negro vacío estelar. Un segundo después rugieron los motores y la nave pegó un salto del muelle, atravesando la abertura.

Entonces algo enorme surgió ante ellos. Aún no habíanse alejado unos mil kilómetros del planetoide.

Jhon ahogó un grito y el piloto palideció intensamente.

CAPÍTULO II

—Diez minutos para la salida al espacio normal —anunció la átona voz del computador.

Jorge Adhmel cerró los ojos y rápidamente acudieron a su mente los párrafos precisos para aquella situación. Luego, metódicamente, revisó su uniforme delante del pequeño espejo. Asintió aprobadoramente y se permitió una pequeña sonrisa.

Se sentó en el enorme sillón, delante del panel de mandos. Aquélla era su primera misión y quería causar buena impresión cuando se presentase delante del jefe superior. De momento no era gran cosa. Una base penitenciaria perdida en la Galaxia, situada en un planeta del que nunca había oído hablar.

Dos horas antes, cumpliendo órdenes, había abierto el sobre y leído el contenido. Entonces no pudo reprimir fruncir el ceño. En aquel pliego de papel se le ordenaba que se pusiera bajo el mando del alcaide de la base por el período de tres meses. Al cabo de este tiempo recibiría un nuevo destino.

Adhmel pensó que se iba a aburrir terriblemente en aquel condenado planetoide. ¿Cómo se llamaba? Tomó el papel y leyó: Solius. Era el segundo de un enorme sol rojo. El más próximo a la estrella estaba tan cerca de ella que era una diminuta esfera incandescente. SoIius no tenía atmósfera propia y todas las instalaciones penales y mineras estaban situadas en el subsuelo. Un lugar horrible, pensó.

Por supuesto, a Adhmel le hubiera gustado otro destino más acogedor, en donde las perspectivas de acción fueran más altas. Acababa de salir de la academia del Comando Solar y ansiaba poder demostrar que estaba capacitado.

Un comando solar disponía de una nave de mediano tonelaje, con suficiente armamento defensivo y ofensivo que podía poner en acción con la ayuda del eficaz computador de a bordo. Durante los viajes de rutina apenas había labor que realizar, ya que todo era automático. Sólo tenía que elegir la tarjeta precisa, insertarla en el computador y cruzarse de brazos. Pero cuando había indicios de combate todo era distinto. El computador ya sólo era entonces un ayudante, no el amo del navío.

Adhmel lucía sobre las hombreras de su reluciente uniforme azul y oro la estrella barrada de teniente de tercera. Hasta dentro de dos años no conseguiría el grado de teniente de segunda, a no ser que por méritos propios precipitase el ascenso.

Y en Solius, por supuesto, no podía esperar conseguirlo. Allí, sin duda, se limitaría a patrullar por los alrededores del asqueroso planeta cada vez que el alcaide se le antojase quitárselo de delante de sus ojos.

Aún no sabía cuántas naves del Comando Solar estaban destinadas al penal ni si su llegada produciría algún relevo. Al menos deseaba fervientemente que allí hubiese otros compañeros del comando. Pero alguien le había dicho que el peor destino que podían darle a un miembro del comando era un puesto fronterizo en el cual él fuese la única fuerza estelar allí destacada.

—Un minuto para la salida al espacio normal —dijo la voz del computador.

Cada comando bautizaba a su computador privado con algún nombre. Jorge aún no lo había hecho con el suyo. Arrugó el ceño y pensó que era hora de pensarle alguno.

Le llamaría Necio. Torció el gesto. Sí, era un buen nombre. Jorge odiaba la voz metálica de su computador.

Sonrió y tomó la gorra, limpiándola con la boca manga con gesto mecánico.

Sólo cuando saliese al espacio normal, a unos mil kilómetros del planetoide, tendría algún trabajo. Tomaría el comunicador y anunciaría su llegada, la cual, por cierto, se produciría con una

antelación de dos horas. Tal vez aquello hiciera enfadar al alcaide. Pero él no había tenido la culpa. Necio había tenido una avería en el cronómetro y aceleró indebidamente mientras navegaban por el hiperespacio…

Sí, aquel nombre era el adecuado para el maldito computador.

Sonó un chasquido, característica señal cuando la nave entraba en el espacio normal. Inmediatamente la gran pantalla visara de proa se encendió delante de Jorge y éste se quedó paralizado por la sorpresa.

Debajo estaba el planetoide, mostrándole su árida superficie. Pero algo reluciente salía de él, dejando tras de sí una roja estela de fuego.

—Peligro de choque —dijo Necio con voz tranquila—. El comando de a bordo debe tomar precauciones. Probabilidades de colisión: noventa y tres por ciento.

Jorge maldijo la máquina y se aferró al asiento. En la pantalla crecía la imagen de aquella nave que parecía haber salido de la esclusa de superficie hacia la cual, precisamente, se dirigiría su navío.

Cerró los ojos y el ulular de la sirena de alarma aumentó de potencia, hasta que cesó súbitamente.

Entonces miró hacia la pantalla. La nave se había alejado por estribor, mientras que Necio seguía conduciéndolo hacia la abierta compuerta situada a proa.

Adhmel resopló y recobró su aplomo. La instrucción recibida en la academia del Comando Solar le sirvió para salir del pasmo y manipular en los mandos. Sus dedos ágiles hicieron actuar el sensitivo sistema de seguimiento. El registro captó la marcha de aquella nave que a punto estuvo de provocar el choque frontal.

Segundos después, los indicadores mostraban que el otro navío acababa de perderse por el hiperespacio.

—Está loco ese tipo —masculló Jorge secándose el sudor—. Penetrar de esta forma en el hiperespacio, a tan escasa distancia de…

En seguida pensó que algo no marchaba bien. Los sistemas de partida y llegada de una base no podían ser tan malos como para permitir que la catástrofe hubiera estado a punto de ocurrir. Aunque el navío del comando había estado aproximándose a Solius por el hiperespacio, él había estado enviando su señal. Tenían que haberle captado a tiempo,

aunque hubiese adelantado la hora de llegada.

Irritado, Jorge desconectó a Necio y tomó los mandos.

Se cuidó de penetrar en el hangar, siguiendo los rastros que desde hada unos instantes le estaban enviando desde el interior como guía.

Rugiendo, la nave patrullera se deslizó por los carriles de acero, deteniéndose a pocos metros del muelle. Apenas se cerraron las compuertas y se encendieron las luces verdes, decenas de personas llegaron corriendo hasta el muelle, tendieron una pasarela y algunas de ellas corrieron hacia la compuerta.

Jorge se levantó y salió de la cámara de mando después de mover el conmutador que abría la compuerta.

En la cabina de presión se encontró con un hombre de rostro descompuesto, seguido de varios más vestidos de verde y negro armados de rifles láser.

Jorge vio en seguida que el hombre grueso llevaba las insignias de alcaide. Se cuadró delante de él y saludó llevándose la mano a la visera de su gorra.

—Señor, se presenta el comando Jorge Adhmel, teniente destinado a este punto. Con todos los respetos, señor, quiero ahora mismo presentar mi más enérgica protesta ante la deficiente actuación de los sistemas de comunicación. He estado a punto de estrellarme con...

—Cállese de una vez —gritó el alcaide—. Ojalá su patrullero se hubiera estrellado contra el navío correo.

—Señor... —balbució Jorge.

—Ahí va un preso, teniente —farfulló el alcaide—. Le ordeno que vaya en su busca y lo devuelva a esta base. Nunca se ha escapado nadie de aquí. No estoy dispuesto a permitir que esto me suceda mientras estoy al mando de la base.

—Pero...

—No existen peros que valgan. Déme su orden.

Confuso, Jorge le entregó el sobre. El alcaide se lo guardó sin abrirlo.

—Bien —dijo—. Ya está usted bajo mis órdenes. Quiero que siga a esa nave. Procure abordarla. De lo contrario, destrúyala.

El teniente resopló y dijo:

—Señor, le agradecería que antes me pusiera en antecedentes.

—Estamos perdiendo el tiempo, teniente… Jorge sonrió desmesuradamente.

—No es problema, alcaide. Al ver la acción de esa nave tuve el acierto de captar sus indicativos de marcha. Mi nave posee un registro de su rumbo, aunque esté por el hiperespacio. Además, si esa nave ha partido de aquí y no posee movilidad propia, usted puede decirme también cuál será el destino programado por su navegador automático.

El alcaide parecía más calmado.

—Bueno, es una suerte que usted haya tenido la sangre fría de captar sus indicativos, teniente. De no ser así se nos hubiera escapado. Se trata de una nave correo, de vuelo irregular. Sabíamos que tenía que llegar aquí, pero no adónde tenía que ir luego. Para haberlo sabido hubiéramos tenido que ponemos en contacto con la Tierra, lo cual es muy problemático desde Solius. Generalmente, estamos incomunicados con todo el mundo noventa días de cada cien. Es a causa de las grandes interferencias de ese gigante rojo ¿sabe?

Jorge asintió. ¡Vaya lugar al que había llegado!

—No hay prisa, señor. Como tengo captada su ruta da igual que salga en su búsqueda ahora mismo que dentro de una hora —dijo Jorge. Al parecer no iba a aburrirse allí. Ya tenía trabajo que hacer, pensó—. Quiero datos antes de ponerme en marcha.

—Es, como le dije, una nave correo. Procede de la Tierra, después de hacer diversas escalas. Me traía una valija con instrucciones especiales del Alto Tribunal de Justicia. Son documentos importantísimos. Tampoco es de despreciar el resto de la correspondencia, pero ésta sí fue desembarcada.

—¿Por qué no la que iba destinada a usted?

—Es norma que el propio piloto-cartero la entregue al alcaide personalmente. Yo estaba esperándole en mi despacho cuando me comunicaron que un condenado, un tal Jhon Gross, había conseguido llegar hasta el hangar y subir a la nave. Seguramente ha intimidado al cartero para que le saque de aquí. Pero esa nave ya tenía programado un destino y hacia allí se dirige. Lamentablemente me exasperé

porque nosotros aquí lo desconocemos. Gracias a que usted captó los indicativos antes de que se perdiese por el hiperespacio…

Jorge carraspeó. Aquel alcaide no parecía tan mala persona. Los informes que le había dado ya parecían más que suficientes. No le quedaba nada por saber para partir.

—Señor, ¿pueden acompañarme otros patrulleros del comando destinados a esta base? Estoy decidido a traer aquí la nave intacta, con su preso sano y salvo.

El alcaide le miró extrañado.

—Teniente, usted es la única fuerza espacial de que disponemos. Su colega, al cual releva, se marchó hace dos días. Creo que hacia Procyon.

El teniente deglutió. Aquella noticia era deprimente para él.

—¿Es que este penal no cuenta con más fuerzas de seguridad?

—¿Para qué? —El alcaide inició una sonrisa irónica que pronto cortó, al darse cuenta de la incongruencia de su gesto—. Hasta hoy este penal era el más seguro de toda la Federación, teniente. Nunca hemos necesitado patrulleros espaciales.

—Ya entiendo —respondió el teniente agriamente—. Hasta hoy, claro. Pues tengo curiosidad por saber cómo han fallado tan lamentablemente sus sistemas de seguridad.

—Ese bribón de Jhon Gross es un portento en electrónica. Me engañó, teniente. Le di mi confianza. Aprovechó su destino en los talleres para fabricarse un diminuto codificador de cerraduras y neutralizador de alarmas. Lo pagará bien caro cuando regrese.

—Está bien. Partiré en seguida, alcaide:

—¿Desea que algunos de mis hombres le acompañen?

El teniente le miró como si hubiera pronunciado una blasfemia.

—Señor, los comandos acostumbramos a actuar solos. Disponemos de los medios suficientes para ello y estamos capacitados. Ahora le ruego que ordene a sus guardias que salgan de mi nave. Disponga, también, que desde la torre de control me catapulten al exterior.

Apenas se quedó solo, el teniente arrojó su gorra con rabia al suelo y

regresó al puente de mando, dejándose caer en el sillón. Conectó a Necio, diciéndole:

—Muchacho, recoge los registros de captación y sitúame detrás de esa maldita nave.

—Tres minutos y once segundos para la partida —respondió Necio—. Punto de destino, desconocido.

—¡Por supuesto! —estalló Jorge—. ¿Cómo vamos a saber adónde nos va a llevar ese maldito navío correo? Pero quiero que naveguemos tan cerca suyo por el hiperespacio que cuando salga de él lo hagamos nosotros al mismo tiempo. Ten dispuestos los asideros magnéticos para agarrarlo antes de que se disponga a descender en algún planeta.

—Será una maniobra arriesgada —respondió Necio después de vacilar unos segundos.

—Tú hazlo como yo quiero.

—Los riesgos de colisión serán de...

—No me interesan los riesgos. Sé que puede hacerse y basta. No quiero que se me vuelva a escapar por el hiperespacio si nos ve perseguirlo por el normal.

—Será así. Pero el código me obliga a exponer las posibles consecuencias y...

Mientras la nave patrullera salía del hangar, Jorge se acomodó en el sillón, con los ojos entornados. Estaba dispuesto a escuchar una parte del código a que estaba sometido el computador. No había forma de hacerlo callar. Al menos legalmente.

CAPÍTULO III

—Amigo, usted no conoce tanto acerca de esto como parecía al principio —dijo el cartero emitiendo una sonrisa burlona.

Jhon tragó saliva y permaneció callado. Aquel tipo, que dijo llamarse Solomon Goldman, no carecía de razón. Pero la culpa la había tenido

él al formular una pregunta tan estúpida. Simplemente, había pretendido saber cuánto tiempo iban a permanecer en el hiperespacio y cuál iba a ser su punto de destino inmediato.

Cuando Sol le respondió el nombre del planeta, Jhon arrugó el ceño y, cándidamente, preguntó qué era eso.

El cartero, encogiéndose de hombros, replicó:

—No está en los mapas estelares, pero yo he ido varias veces allí. Soy un veterano, ¿eh? Se le conoce por Punto Uve. Nada más. Claro que es un planeta que gira un diminuto sol blanco. Un joven solitario, como se conoce a este tipo de cuerpos estelares.

—Pero ¿qué hay allí?

El cartero alzó la mirada hasta el techo de la cabina y dijo:

—Lo más bonito del Universo.

—¿Cuál es la siguiente parada?

—Claro. Usted pretende llegar a un puerto donde no exista extradición concertada con la Federación, ¿verdad?

—Es una pregunta estúpida.

—Discúlpeme —suspiró el cartero y se arrellanó en el sillón.

La pantalla mostraba el distorsionado espacio por el que navegaban. Mientras, Jhon rumiaba para sus adentros. ¿Qué era Punto Uve? Sol no parecía muy dispuesto a ser muy explícito, y él no disponía de un arma verdadera. Bastante hacía no enseñando la varilla de acero lo suficiente para que no descubriese la patraña. Bueno, lo que tenía que hacer era obligar al cartero a despegar en seguida del planeta llamado Punto Uve. Tal vez el siguiente destino fuese un lugar idóneo para solicitar refugio. El servicio de correos de la Federación contactaba con muchos planetas que no simpatizaban con el bloque terrestre.

—¿Cuál es el siguiente destino, Sol? —preguntó Jhon lentamente.

—Lo sabré cuando lleguemos. ¿Es que no sabe que estas naves son totalmente automáticas? Yo sólo dispongo el momento de la partida. Luego el cerebro de a bordo se encarga de todo lo demás. Únicamente sé que dentro de tres semanas estaré de regreso a la Tierra, descansaré un mes y de nuevo volveré a este sector. Pero ahora estoy contento,

porque la última vez no estuve en Punto Uve.

—¿Qué demonios pasa con Punto Uve? ¿Qué hay allí que le atraiga tanto? .

Sol se giró hacia Jhon, mirándole con rencilla.

—Señor fugitivo, lo que no le perdono es que me privará del placer de permanecer unos días en Punto Uve.

Jhon sonrió.

—Vaya, me alegro que esté dispuesto a partir apenas la dichosa tarjeta perforada diga la ruta al computador.

—Por supuesto que levantaré el vuelo apenas descendamos. No quiero que esté usted un segundo en Punto Uve.

Jhon abrió la boca. Estaba empezando a enfadarse.

Pero decidió callar. Luego, al cabo de un rato, preguntó si había alimentos a bordo. Llevaban viajando más de doce horas y sentía apetito.

El cartero se levantó y regresó con una caja llena de bocadillos recién descongelados, que dejó entre los dos sillones. Comieron en silencio. Sol, sin mirarle, dijo a Gross:

—Tengo que reconocer que debe usted ser un tipo inteligente, amigo.

—¿Sí?

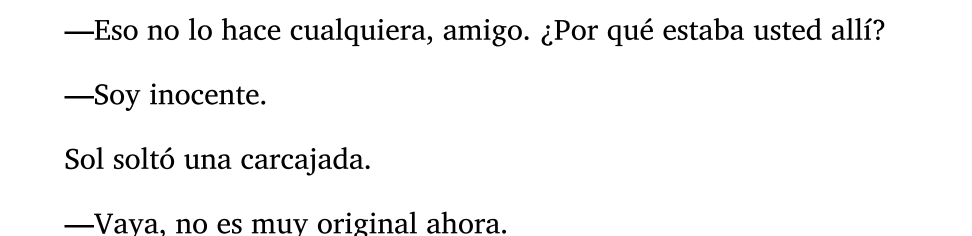
—Se ha escapado de Solius, ¿no? Nadie hasta ahora lo ha conseguido. Al menos que yo sepa.

—Así que ese maldito planetoide se llama Solius.

—¿Es que no lo sabía?

—Era algo que no conseguí averiguar. Los guardianes no son muy explícitos. En realidad dediqué todos mis esfuerzos en descubrir el camino hacia los hangares y construir esto —sonrió haciendo saltar en la palma de la mano el diminuto dispositivo de metal.

Explicó a Sol lo que era y el cartero no reprimió un silbido de admiración.



—Eso no lo hace cualquiera, amigo. ¿Por qué estaba usted allí?

—Soy inocente.

Sol soltó una carcajada.

—Vaya, no es muy original ahora.

—Sí, sé que suena a tópico. Todo el que padece una condena es inocente, según él. Pero en mi caso es cierto. Me vi metido en un jaleo en la Tierra. Todas las pruebas me acusaban, así como los testigos. Me condenaron a veinte años en ese agujero.

—No me extraña que se haya jugado el pellejo por salir. Son muchos veinte años. ¿Qué era en la Tierra?

—Creí que lo adivinó. Soy ingeniero en electrónica.

Tenía patentados diversos inventos, pero mi socio me los robó todos. Quiso venderlos a una sociedad y ésta, por ahorrarse dinero, lo mató y me cargó a mí con el muerto. Así se ahorró un montón de millones. El tribunal dictó que ellos podían usar las patentes y entregar a mis herederos los beneficios que me pertenecían, mientras que los correspondientes a mi socio serían para ellos, puesto que mostraron unos documentos de venta que parecían verdaderos.

—No está mal la sentencia. Si hubiera esperado los veinte años se hubiera encontrado con una verdadera fortuna al salir. Al menos su familia no se quedó en la estacada.

—La ley prohíbe que los condenados por homicidio perciban beneficios. Y no tengo familia. Así, la sociedad se quedaba con todo. Ellos lo pensaron bien. Al salir me habría encontrado con una pandilla de sinvergüenzas y asesinos que se reirían delante de mí.

Sol recogió los desperdicios de la comida y lo tiró todo por el conducto triturador. Luego ofreció un cigarrillo a Jhon. El fugado hizo un gesto para ocultar la varilla metálica y Sol le dijo:

—No se esfuerce en esconderla, amigo, Sé que es falsa desde hace un par de horas.

Jhon enrojeció.

—¿Por qué no da media vuelta, si ya lo sabe y me entrega al alcaide?

—Ganas no me faltan. Pero este trasto, una vez que está bajo la

dirección de ruta forzosa no puede desviarse. Tenemos que llegar a Punto Uve.

—¿Tampoco desde allí puede regresar al penal? —preguntó Jhon intranquilo.

Sol le respondió con una enigmática sonrisa. Como si le divirtiera mucho la situación añadió:

—Eso depende de muchas cosas…

* * *

Linda Graves había tenido problemas con la conexión del detector número nueve desde hacía dos días. El trabajo fue duro desde entonces, hasta conseguir repararlo. La instalación número nueve estaba situada en un monte de cinco mil metros y allí permaneció por espacio de doce horas, encerrada en su traje de vacío y mascullando constantemente.

Cuando la avería quedó concluida, montó en el pequeño bote de propulsión y retornó al árido valle. Guardó el vehículo en el garaje y pasó por el conducto al interior de la vivienda.

Resoplando, se despojó del traje, casi a manotazos.

Se encontraba terriblemente cansada cuando entró en el cuarto de baño y abrió los grifos del agua, hasta conseguir la mezcla a la temperatura adecuada a su gusto.

Terminó de desnudarse y se introdujo en el agua tibia, relajándose. Con los ojos cerrados permaneció allí un buen rato. Luego, de mala gana, cogió las sales y empezó a restregarse. Había sudado excesivamente dentro de aquel incómodo traje de vacío, a pesar de la refrigeración. El sol caía de plano allá arriba en la montaña, junto a las instalaciones del enorme detector de veinte metros de diámetro.

Salió del baño y anduvo desnuda por las habitaciones. El ambiente en la vivienda era agradable y se sentía extasiada al notar la humedad sobre su cuerpo. En la cocina se preparó unos emparedados y cogió leche fría del refrigerador. Sentada, rememoró tiempos pasados en la civilización, sus amigos, las fiestas y el amor.

Su estancia en la instalación estaba tocando a su fin.

Según las noticias recibidas hacía dos meses, en la Tierra estaban preparándole ya sustituto, el cual llegaría antes de quince días. Tal vez el próximo enlace le trajera noticias definitivas.

Al pensar en el correo esbozó una sonrisa. Seguramente Solomon Goldman sería el cartero, como las veces anteriores. Entonces no había querido ninguna relación con él. Sencillamente porque no le necesitaba. Su alimentación, elegida por ella a conciencia, la libraba del deseo sexual.

Cuando llegó para cumplir con aquel maldito trabajo estaba dispuesta a hacerla bien, como era necesario. No quería interferencias ajenas a la rutinaria tarea cotidiana. Pero ahora sentía la necesidad de una compañía masculina que la complaciera.

Sol era un tipo simpático, con el cual había tomado una copa en más de una ocasión, pero sin llegar a más, a pesar de las insistencias de él.

Empero, Linda se había estado desintoxicando desde hacía algunos días, aguardando la llegada del navío correo, que aunque nunca tenía una fecha exacta, sí podía calcular con bastante aproximación.

Sería como una despedida de aquel lugar tan profundamente solitario. Al menos, por una vez, podría tomarse la libertad de satisfacerse ella misma, dejar de registrar datos y lecturas, revisar los controles y estar siempre pendiente de hacer reparaciones.

Pero tenía que tener cuidado con la innata curiosidad de Sol. El cartero siempre había querido saber qué estaba haciendo ella allí, sola. Linda siempre eludió una respuesta directa, contestando con evasivas. Por supuesto, tampoco en la próxima visita le diría nada acerca de su trabajo, aunque sí estaba dispuesta a ser amable.

Para Sol ella estaba allí realizando un trabajo privado para una compañía de la Federación, que le pagaba espléndidamente por seis meses de soledad.

Recogió los restos de comida y tomó una corta bata colgada detrás de la puerta. Reprimió sus deseos de tumbarse a dormir unas horas y se dirigió hacia la sala de control. Apenas hubo entrado, se alarmó.

Estaba segura de que el detector número nueve había quedado reparado. Se había equivocado. Algo no estaba bien. Aquel chisme estaba emitiendo en clave amarilla, pero la alarma no había sonado.

Seguramente, pensó Linda mientras miraba ansiosamente los registros, la conexión del sistema de aviso había quedado deficiente.

Fue hasta la gran ventana panorámica de doble cristal y miró hacia el fondo del valle, en dirección a la pista de aterrizaje iluminada fuertemente por potentes reflectores, que se habían encendido automáticamente al captar la aproximación de uno ... no, dos cuerpos procedentes del espacio.

Atónita, Linda pegó su rostro al cristal y presenció la tumultuosa llegada de las dos naves.

* * *

El teniente Adhmel aspiró profundamente cuando Necio dijo cuál era su posición en el espacio real.

Sabía que mientras el computador dirigiese el patrullero por el hiperespacio en persecución de la nave correo estaba desarrollando un trazado a ciegas, cuyo destino era un total enigma.

No había otra forma de poder seguir el rastro del correo. Una vez captado el registro había que ir por el hiperespacio, dejando pasar el tiempo y desconociendo por dónde iban a aparecer.

Pero el computador podía saberlo unos segundos después de que la unidad perseguida saliese al espacio normal, cosa que él haría al mismo tiempo. Y a partir de entonces esperaría nuevas instrucciones de su amo humano.

—Repito —dijo Necio con su odiosa voz impersonal, carente de la más mínima emoción—: Situación a cien mil kilómetros del planeta G-78321 del Sector H-917, conocido como Punto Uve. La nave perseguida está a quinientos metros de nosotros y procede a decelerar. Movimiento de ésta indica que está siendo manejada manualmente para descender sobre el punto ya mencionado y...

—¡Calla, maldito cacharro! —gritó Jorge desconectando a Necio del mando del patrullero de un manotazo y haciéndose cargo de la dirección.

La pantalla frontal que hasta entonces había estado mostrando la

fulgurante imagen del hiperespacio estaba llena ahora con un paisaje de color ocre, rocoso y lleno de brillante luz reflejada en él y profundas sombras.

El patrullero chirrió cuando Jorge hizo funcionar los frenos frontales para evitar la colisión con la nave que descendía a la vez que la suya apenas a unos cientos de metros de separación.

Entonces, horrorizado, Jorge recordó que había dispuesto a Necio para que los garfios magnéticos tomasen la nave correo apenas estuviesen en el espacio normal.

Se había olvidado de anular la orden.

El correo estaba siendo acercado hacia él rápidamente, atraído por los garfios. Cuando llegó hasta los mandos manuales para detener aquella acción ya era tarde. Toda su nave retumbó al hacerse cargo de la otra.

Jorge lanzó una andanada de maldiciones. Ni por un momento se le ocurrió que la nave correo fuese a emerger del hiperespacio a una distancia tan suicidamente corta como aquélla.

Pero la mente acondicionada del comando Jorge Adhmel actuó mecánicamente. En segundos calculó los riesgos y decidió que hubiera sido una locura intentar escapar de la ya cercana superficie del planeta llevándose agarrada la nave correo. Imprimió más potencia a los frenos, hasta casi llegar al límite tolerable de seguridad.

Sudando, jadeando, el teniente trabajó a velocidad vertiginosa sobre los mandos de su salpicadero. Estaban descendiendo sobre un valle. Vio aproximarse una pista de aterrizaje y se le heló la sangre en las venas al como probar las ridículas dimensiones de ésta.

Aquella pista podía ser más que suficiente para el descenso de una nave pilotada por un navegante que conociera aquello, pero no para quien era la primera vez que la veía y tenía que contar con el inconveniente de soportar un peso extra casi igual al suyo.

La pista terminaba un par de cientos de metros más allá y Jorge usó el resto de sus frenos. Sintió detrás suyo un agudo vibrar de la pila protoplasmática, como una protesta por aquella excesiva utilización.

Si en aquel momento todo hubiera saltado en millones de pedazos a causa de una sobrecarga a Jorge le habría parecido lo más normal.

En cambio, cuando ambas naves quedaron posadas sobre la pista de

hormigón, a escasa distancia de las estructuras metálicas que se levantaban al pie del comienzo de unos montes, se dijo que nadie iba a creerle cuando lo contara.

Empezó a respirar aliviado cuando el mundo se le vino abajo. En realidad fueron las dos naves las que perdieron estabilidad y cayeron, una al lado de la otra.

Los estabilizadores del correo estaban deteriorados a causa del fortísimo aterrizaje y terminaron cediendo. Como los garfios aún estaban actuando arrastró en su caída al patrullero del Comando Solar.

Jorge pensó que la espina dorsal se le rompía en dos, pero continuó sujeto al sillón. La cabeza le daba vueltas. Ahora las paredes eran el suelo y a rastras salió del sillón, apenas teniendo tiempo de desconectar los garfios magnéticos y gritar antes de rodar por la pared:

—Necio, necesito una lectura de daños.

—¿Anulada la orden de silencio? —preguntó el computador.

—¡Sí, maldita máquina!

—Adjetivo inadecuado. Los daños son...

Jorge salió de la sala de mando y recorrió como pudo los pasillos hasta alcanzar la cabina de presión. A lo largo del trayecto Necio le fue informando de los daños. No eran muchos, pero sí los suficientes para que no pudiera despegar de allí, al menos que la mano de un gigante pusiera derecha su nave. Los sustentadores estaban intactos y la coraza parecía haber resistido bien. No había filtraciones de aire, lo cual era importante, ya que aquel planeta no parecía disponer de atmósfera. Pero estaba habitado. Al menos donde estaban parecía ser algún tipo de base o instalación minera. Si al principio había pensado que se hallaban de regreso en Solius, en seguida abandonó tal idea. Eran demasiado pequeñas las casas que vio al fondo de la pista.

Se enfundó el traje de presión y agarró un gran rifle láser del armario, diciendo a Necio:

—Estaré en contacto contigo. Mientras salgo vigílame la nave correo y ponme en contacto con ella. ¿Qué sabes de este planeta?

—No dispongo de datos. Sólo sé que es el G-78321 y...

—Basta. Quería saber lo que son estas cosas que nos rodean y quiénes viven aquí. —No dispongo de datos.

—¿Qué detectas en el interior de la nave correo? —preguntó mientras terminaba de comprobar el total aislamiento de su traje y quitaba el seguro de su arma.

La puerta de la cabina de presión se estaba abriendo.

Jorge no vio la otra nave, que quedaba a su espalda. Por suerte la compuerta de emergencia había quedado encima. Sólo tenía que caminar unos metros por el fuselaje y llegar hasta la nave correo.

—Están vivos —respondió Necio. Había necesitado algún tiempo para poder penetrar con sus sondas en el interior de la nave correo—. Pero muy magullados. Son dos hombres y...

—Bueno, bueno. Sigue prestando atención y avísame si alguien sale armado.

Jorge se izó hasta el exterior de su nave y caminó por la curva da superficie, hacia la que yacía sobre la pista de cemento, muy deteriorada con el golpe.

Pensó que las naves del correo no tenían por qué disponer de un grueso fuselaje como su patrullero.

CAPÍTULO IV

Cuando la luz cambió de rojo a verde, Linda apretó el botón de apertura. Se echó a un lado del pasillo y dejó paso a las tres figuras embutidas en tres modelos de trajes espaciales.

El primero en entrar fue reconocido por ella en seguida, a pesar de que apenas podía ver su rostro a través del cristal ennegrecido del casco. Su traje era plateado y lucía las siglas del correo de la Federación. El segundo personaje llevaba un traje de color naranja, de un modelo que hasta entonces no había visto. El tercer personaje era inconfundible con su enorme armadura de combate dorada, con un gran cinturón del que pendían diversos artilugios que no pudo

identificar. Con ambas manos portaba un enorme láser con el cual apuntaba al hombre del traje de vacío naranja.

Solomon fue el primero en quitarse el casco, resopló y sonrió a Linda, inclinándose ante ella. Dijo:

—Te saludo, oh, la más hermosa doncella de este hostil planeta.

Linda no pudo reprimir una sonrisa. Sol no debió haberlo pasado muy bien, pero su buen humor no lo había perdido. Le ayudó a despojarse del traje, sin perder de vista a los otros dos. El comando empujó al que parecía ser su prisionero a un rincón y dijo con la voz profunda procedente de su escafandra:

—Señor Goldman, ayude al prisionero a quitarse el traje.

El cartero frunció el ceño y de mala gana le obedeció.

Linda se acercó al teniente, intentando ver el rostro oculto tras las negras gafas infrarrojos que cubrían sus ojos.

—¿Será tan amable ahora de explicarme qué hacen ustedes aquí? —preguntó con airada voz—. Preciso de todos los datos para redactar mi informe, un maldito informe por lo complicado que va a ser.

—No me interrumpa ahora, señorita —graznó la voz a través del tornavoz de la escafandra dorada—. Y no se ponga delante de ese peligroso prisionero.

Linda desvió su atención hacia el prisionero, observándolo con curiosidad. Era un hombre joven, atractivo. Al darse cuenta él de que le estaba mirando, le devolvió una triste sonrisa y se encogió de hombros, como si estuviera pidiéndole disculpas por haberse dejado atrapar.

La chica lo había observado todo a través del ventanal de su sala de control, la llegada aparatosa de las dos naves, su descenso brusco sobre la pista de aterrizaje. Ambas, enlazadas por invisibles conexiones, habían estado dando saltos, hasta que milagrosamente se detuvieron a pocos metros de donde ella precisamente estaba observando. Un poco más y se habrían estrellado contra las edificaciones a ras de la superficie.

Luego, las dos naves cayeron a lo largo de la pista, aplastando en su caída a... Las mejillas de Linda se encendieron. Apenas por un minuto había olvidado el daño que se había causado. Resopló y esperó

pacientemente su momento para hablar.

Había visto cómo del patrullero del Comando Solar salió aquella figura vestida de coraza dorada, ascendiendo hasta la compuerta de la nave correo, haciéndola saltar de un disparo de su láser. Entonces Linda había gritado. Reconoció la nave y pensó que dentro podía estar Sol, si es que otro cartero no lo había sustituido en la ruta.

Pero se tranquilizó al captar la conversación del comando con los que estaban dentro del correo. Tenía un receptor abierto a la onda normal y escuchó las instrucciones del teniente, ordenando que se pusieran los trajes de vacío y saliesen.

Los que estaban dentro de la nave correo no se hicieron esperar mucho y Linda comprendió en seguida el motivo. Dentro se había producido un devastador incendio, que sólo cuando las esclusas se abrieron y escapó el oxígeno se apagó. Pero Sol y el desconocido no debieron pasarlo nada bien.

Entonces el comando gritó por el circuito general a los ocupantes de las instalaciones que... Linda meneó la cabeza. Aquel tipo aludió a los derechos de asilo a que tenían opción los miembros del Comando Solar y demás zarandajas.

Linda les dejó entrar y olvidó hasta otro momento más acorde explicarle que ella era la única habitante del planeta conocido como Punto Uve sólo en reducidos círculos gubernamentales de la Federación.

—Señor Goldman —dijo el comando—, ¿puedo confiar que vigile al prisionero mientras me desembarazo de mi equipo?

—Claro que sí —asintió Sol tomando el láser y dirigiéndolo desvaídamente contra Jhon Gross.

—¿Qué demonios ha pasado, cariño? —preguntó Linda a Sol.

—No te preocupes, preciosa —sonrió el aludido ensanchando el pecho —. Todo está dominado. Te lo contaré luego, cuando estemos a solas.

Ella miró la escena, sus protagonistas. Respondió dubitativa:

—No es ésta mi opinión de la intimidad. Creo que Punto Uve nunca estuvo tan densamente poblado.

El teniente había terminado de quitarse el traje, que arrinconó y se

apresuró a tomar su láser de manos de Sol. Se giró un poco para decir a Linda:

—Señorita, le ruego que avise a sus superiores. Necesito varias cosas de ustedes, pero lo más urgente es que me proporcionen un lugar seguro para encerrar a este hombre, algo que se parezca a una celda.

—Pues ya puede empezar a decirme qué es lo que necesita, amigo —suspiró Linda encogiéndose de hombros.

Sol se volvió perplejo hacia ella.

—¿Qué dice?

—Que no hay nadie más que yo en este planeta. Bueno, no lo había hasta que ustedes llegaron de forma tan poco ortodoxa. A propósito de su llegada quiero decirle que...

—¡Cómo! ¿Insinúa que está sola?

—Creo que he sido muy clara.

—¿Qué sitio es éste?

—¿No lo sabe? Estamos a muchos años luz de la Tierra, teniente.

—Permítame que me presente. Me llamo Jorge Adhmel, del Comando Solar. Si es usted el máximo... y único responsable de este establecimiento le recuerdo que está bajo el código especial de...

—Ya me lo ha dicho antes. Conozco los derechos de asilo y ayuda de todo ciudadano de la Federación a los miembros del Comando Solar —dijo Linda mirando hacia el techo, mostrando más enfado del que sentía.

—Aún no me ha dicho qué hace aquí y para qué sirve todo esto —insistió el teniente.

—Digamos que estoy bajo la jurisdicción de un código superior al suyo, teniente. ¿Sabe lo que es Quíntuple Prioridad de Reserva, adjunta a la Suprema Jefatura de la Federación?

Linda sonrió ampliamente al notar que el teniente deglutía con dificultad. Luego, más amable, Jorge dijo:

—De todas formas usted está obligada a prestarme toda la ayuda posible siempre que no se infrinja la Quíntuple Prioridad.

—Estoy dispuesta. ¿Qué desea?

—Ante todo una habitación segura donde pueda encerrar al prisionero.

—Lo siento. Tengo que manifestarle que su primera solicitud no puede ser atendida. Sencillamente, ninguna habitación de la vivienda dispone de cerradura. Claro que puede poner a su prisionero dentro de la cabina de presión. Puedo acondicionarla para que no pueda entrar en la vivienda.

Jorge arrugó el ceño y negó con vigor.

—No. Ignoro cuál puede ser su condena. Puede ser capaz de optar por el suicidio, abriendo la compuerta que da al exterior, antes de volver al penal.

—¿Qué penal? —preguntó Linda.

—Al de Solius, está a casi un año luz de aquí, según me ha informado mi computador.

Sol carraspeó para llamar la atención de Linda.

—Preciosa, yo también soy un funcionario de la Federación y exijo mis derechos...

—¡Esto es el colmo! —protestó Linda—. A este paso también el prisionero tendrá alguna solicitud que hacerme.

Jhon sonrió.

—No por el momento, señorita. No se preocupe.

El cartero puso delante de los ojos de la mujer una valija que había llevado consigo desde la nave—correo.

—Esto es muy importante, Linda —explicó Sol—. Es a correspondencia privada para el alcaide del penal. Iba a entregársela personalmente cuando Jhon Gross me obligó a salir a escape del planetoide Solius. Quiero que me la guardes en lugar seguro. Apenas tuve tiempo de sacarla de mi pobre nave, antes de que el fuego arrasara el interior.

Linda se plantó delante de Jhon.

—Vaya, así que usted se llama Jhon Gross. Estos caballeretes habían

cometido el imperdonable error de no presentarnos, amigo. Yo soy Linda Graves. —Y le tendió a mano.

Jhon la estrechó, reteniéndola unos segundos y terminando por acariciarla.

—Nunca vi un nombre tan apropiado para una persona como usted, señorita Graves. ¿Me permite que la llame Linda? Será como piropearla cada vez que pronuncie su nombre.

La chica estalló en cantarinas carcajadas. Sol torció el gesto y el teniente barbotó algunas imprecaciones que nadie entendió.

—Bueno, será mejor que nos traslademos a la sala. Allí estaremos más cómodos todos. No es muy grande pero sí lo bastante para que les sirva una taza de café —dijo Linda—. Por cierto, Sol, la última partida de café que me trajiste el mes pasado no era de muy buena calidad.

—Lo siento. Castígame ahora haciéndomelo beber.

—Vengan por aquí… —empezó a decir Linda mostrándoles el camino, pero se detuvo al volver y ver cómo el comando iba a esposar a Jhon —. ¿Qué hace? Es un tontería, teniente. Su prisionero no puede escapar de aquí. ¿Acaso su computador le permitiría subir a bordo del patrullero? Y eso contando con que esté en condiciones de despegar, cosa que dudo mucho.

Jorge abrió la boca para protestar, pero Linda ya había tomado a Jhon Gross del brazo, conduciéndolo por el estrecho pasillo hasta la sala, una pieza de reducida dimensiones, con cómodos sillones tapizados en rojo intenso.

El comando agarró a Sol y le preguntó susurrante:

—¿Está loca esta chica?

—Le advierto que no consiento que insulte a Linda amigo —le reprendió Sol ceñudamente.

—No es mi intención, pero tal vez la soledad la ha perturbado. ¿Es que no ha escuchado ella que puede tratarse de un peligroso delincuente?

—A mi pesar tengo que reconocer que no se comportó como un asesino mientras viajó conmigo —replicó Sol de malhumor, viendo cómo Jhon y Linda se sonreían—. Pero si ese tipo sigue coqueteando

con mi chica usted tendrá que volver con un asesino, porque estoy dispuesto a matar a su prisionero si no deja en paz a Linda.

La muchacha le tomó la valija cuando entró en la sala y se retiró por la pequeña puerta del fondo, prometiendo que volvería en seguida con el café. Sol se sentó al lado de Jhon y el teniente lo hizo frente a los dos hombres, colocando su láser entre las rodillas y sin perder de vista al recluso.

—Es una chica estupenda —sonrió Jhon—. No comprendo cómo está sola aquí. Usted parece conocerla, Sol. ¿Me equivoco?

—No. Somos amigos desde la primera vez que le traje el correo y los envíos de vituallas.

—Vaya suerte. Y sola. Seguro que usted estaba deseando siempre llegar aquí y... —Jhon se contuvo, rió y añadió risueño—: Claro, ahora comprendo lo que quería decir cuando usted indicó que aquí estaba lo más bonito del Universo. Amigo Sol, no exageró lo más mínimo. Su chica se merece toda clase de admiración.

—Yo no soy la chica de nadie —replicó Linda regresando en aquel momento con unas tazas de humeante café.

—Pues me alegro —dijo Jhon tomando una taza.

—Déjese de bobadas. Está usted olvidando muy pronto que es un prisionero —dijo secamente Sol.

—Lamentablemente no me olvido de eso —suspiró Jhon.

El teniente carraspeó para atraer la atención de la chica:

—Señorita, creo que debemos encararnos con lo más importante de la situación y dejamos de frivolidades. Por ejemplo, es urgente que levante mi nave. Para ello necesitaré una grúa magnética de dos mil toneladas y...

—Olvídese de eso, teniente. No dispongo de ella.

—No quería perder tiempo —masculló Jorge—. Entonces dígame dónde está su comunicador y solicitaré ayuda del Centro del Comando Solar más próximo.

—¿No puede usar el suyo? —preguntó Linda irónicamente.

—¿Bromea? Yo necesito un comunicador instantáneo.

El que dispone mi nave tardaría años en ser captado por mi base. No puedo creer que usted está aquí sola sin medios instantáneos de comunicación.

—Lo tenía hasta que usted llegó.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Sencillamente, que su atolondrado aterrizaje pulverizó la instalación.

El teniente dejó caer sobre el platillo la taza y palideció.

—Está bromeando...

—Ojalá. Era lo que quería decirle cuando entró en mi vivienda, teniente. Esta instalación depende directamente del Gobierno de la Federación, y está protegida bajo Quíntuple Prioridad. ¿Empieza a imaginarse ahora lo que representa que usted me haya dejado sin medios de comunicación?

—Demonios, ¿cómo voy a saberlo? Todavía no sé lo que usted está haciendo aquí, ni si su trabajo es importante, aunque tenga que imaginármelo así debido a esa Quíntuple Prioridad.

—Lamentablemente, no puedo decirle nada más.

—¿Qué podemos hacer, entonces?

—Esperar —gruñó Sol—. Cuando en mi próximo destino se extrañen ante mi tardanza, empezarán a investigar. Es fácil que en seguida lleguen a la conclusión de que estoy en el planeta Punto Uve.

—Pero... Eso tardará...

—Cuatro semanas para que me echen en falta, y dos días para que una nave sea fletada y llegue aquí.

De las cuatro personas, el único que sonreía ligeramente era John Gross. Terminó de beber su café con lentitud.

CAPÍTULO V

Linda escuchó un ligero rumor a su espalda, y se volvió rápidamente. Jhon Gross estaba junto a la entrada de la sala de control, sonriéndole.

—Está terminantemente prohibido la entrada en este lugar —dijo acremente.

—Lo siento. Me aburría por ahí.

—¿Dónde están los otros?

—El teniente ha vuelto a su nave. Con la ayuda de Sol, pretende convertir su comunicador en instantáneo usando la energía de estas instalaciones.

—Eso será imposible.

—Pues él cree conseguido después de unas horas de trabajo. Al parecer, ha revisado la antena de su comunicador destrozado y piensa que puede usarla. Sólo necesita una enorme cantidad de energía que potencie su propio transmisor para que convierta sus ondas en emisiones láser de alta continuidad —replicó Jhon.

Linda se encogió de hombros y siguió apuntando datos que recogía del panel de lectura. Dijo:

—Parece qué el teniente se fía ahora de usted.

—No lo creo. Se llevó mi traje de presión —se acercó a la muchacha y apoyó sus manos en los hombros. Sintió el ligero estremecimiento de Linda.

—Le repito que lo que existe en esta sala es secretó. ¿Ha olvidado que todo está amparado por la Quíntuple Prioridad?

—Me importa un rábano lo que hay aquí... excepto usted.

La hizo volver y la besó. Pero Linda se separó en seguida de él, escapándose de su abrazo. Le miró a los ojos, desafiante, y dijo:

—La próxima vez que intente algo semejante, usaré esto —le mostró una diminuta pistola, que parecía haber surgido de la nada, en su mano derecha.

Jhon la reconoció como un aturdidor. Retrocedió un paso.

—No lo volveré a intentar —sonrió—. A no ser que usted me lo pida antes.

—Es un vanidoso.

—No. Sencillamente, en el penal no existen mujeres.

Linda se guardó la pistola y preguntó, sonriente:

—Me imagino que lo pasaría allí mal.

—No lo creo. En los alimentos nos ponían la suficiente droga para que las mujeres o el sexo, de cualquier clase, nos fueran repulsivos.

—¿Qué le ha ocurrido ahora?

—Los efectos deben haberse pasado. Y me alegro de ello. Sus labios, Linda, son deseables.

—Pues tendré que buscar algo, en la cocina, que sustituya a la droga que le daban en el penal.

—¿Acaso usted la necesita?

—No —respondió, adelantando el mentón.

—Ya. Solomon se encargaba de consolarla durante sus periódicas visitas, ¿no?

La diestra de Linda se estrelló sonoramente contra la mejilla de Jhon. El hombre, imperturbable, se la acarició.

—Me lo merecí —reconoció—. ¿La ofendí?

—Me desagradan ciertos comentarios, y que se metan en mi vida privada. Ahora, debe marcharse.

Desoyéndola, Jhon paseó la mirada por la estancia, observando, con ojos críticos algunas clases de aparatos.

—¿Es que no me ha oído? —inquirió Linda—. Me obligará a usar el aturdidor. Si quiere librarse de un fuerte dolor de cabeza, váyase.

—No sea ingenua. Reconozco la mayoría de estos chismes.

—No es posible...

—Claro que sí. Muchos de ellos son diseños míos.

Unos los inventé y otros los perfeccioné.

—Olvidaba que usted es ingeniero electrónico. Razón de más para que se marche.

—Sería una tontería, preciosa. Ya he visto lo suficiente para saber cuál es el trabajo que hace aquí.

—No es posible…

—Planeta Uve quiere decir Planeta Vigilancia. Cuando el gobierno encargó a mi compañía la construcción de ciertos equipos para sustituir a otros anticuados, sospeché que servirían para modernizar las viejas bases de detección que secretamente están situadas a lo largo del espacio fronterizo con Dhura.

Miró a la chica, y su silencio era elocuente.

Jhon fue hasta el ventanal. Desde allí, vio como dos figuras, con trajes de vacío, se movían alrededor de las naves siniestradas. Las señaló y dijo:

—No se preocupe. No les diré nada. Estoy seguro de que el cartero, a pesar de haber venido varias veces aquí, aún no ha sospechado nada. A ese idiota lo meten en una nave, le programan la ruta, y nunca sabe que este planeta está a un tiro de piedra de los temidos planetas de Dhura ¿Me equivoco?

—No —respondió quedamente Linda.

—Tampoco el teniente tiene la menor idea. Esos comandos salen de la academia con los cerebros lavados. Piensan sólo lo que sus superiores deseen. Nada más. Son como muñecos engreídos, vanidosos de su rutilante uniforme, pero sin seso.

—Usted tampoco sabría nada, de no ser ingeniero.

No los censure. Además, si es un presidiario, no ha demostrado ser muy inteligente.

—¿Inteligente?

—Sí. No fue tan listo como para eludir la falta que cometió.

Los ojos de Jhon centellearon.

—Me hicieron una encerrona, preciosa… —La mirada de Jhon se detuvo en un indicador, de la serie de veinte que estaban alineados. Frunciendo el ceño, añadió, enfadado—: Aquí hay algo que no va bien.

Linda se acercó.

—Si se refiere al detector número nueve, lo reparé ayer.

Jhon asintió.

—Pues vaya reparación que hizo, señorita.

—Bueno, el sistema de alarma no funcionó adecuadamente cuando ustedes se aproximaron. Pero lo achaqué a que surgieron del hiperespacio a una distancia peligrosamente corta. Pero existen otros diecinueve detectores más que…

—Que no sirven para nada. Absolutamente para nada.

—¿Qué pretende insinuar?

—Es claro, ¿no? Usted ajustó mal las conexiones y ha puesto en cortocircuito a todos los detectores. Ahora, ninguno de ellos le dará la señal de alarma. Ni aunque llegara toda una flota armada en son de guerra.

Asustada, Linda empezó a revisar los indicadores.

Meneó la cabeza, y se volvió hacia Jhon, irritada.

—Está equivocado. Lo que dice no puede ser.

—¿Qué se apuesta? Usted creyó que la alarma no sonó cuando llegamos en las dos naves porque pasamos por la vertical del detector nueve, ¿eh? —al asentir Linda, prosiguió—. Eso añadió un nuevo dato para que siguiera estando confiada, nena. Pero le juro que, ahora mismo, los sistemas de detección pueden estar registrando el paso de miles de naves por el borde fronterizo sin que usted se entere de nada por la sencilla razón de que el dispositivo de alarma no está en orden.

Jhon tomó un destornillador y despegó el panel con los indicadores. Señaló unos tubos, se humedeció los dedos y los tocó, lanzando una maldición.

—Están calientes, sobrecargados. El material que usé para construir estos aparatos es de primera calidad, pero de nadie es la culpa si allá

arriba, en los detectores, se confundió de conexiones.

Linda se pasó la mano por la frente, secándose el sudor frío que la impregnaba. Jhon se lamentó enseguida de haber sido tan duro con ella. Volvió a colocar la plancha y preguntó, con suavidad:

—¿Por qué envían a una sola persona para cumplir con una misión tan peligrosa?

—Son medidas de seguridad. El gobierno de la Federación no quiere que la población sepa que existe un perpetuo peligro de invasión de los dhuranianos. Para que no trascienda el secreto, se escogen a personas sin familia, que nadie se extrañe de su ausencia por seis meses, que es el tiempo que dura aquí nuestro servicio. Además, tenemos que aceptar, a la firma del contrato, que luego nuestra personalidad será borrada, y se nos entregará otra muy distinta, a nuestra elección. Cuando nos marchamos de aquí, lo olvidamos todo: Punto Uve, los dhuranianos, el peligro constante... Todo.

—Pero usted sabe lo que le pasará, cuando regrese.

—Así es. Nos lo advierten todo. Somos voluntarios.

—Y todo, a cambio de un montón de dinero, ¿no?

—Sí, con seis meses de trabajo, disponemos de una fortuna.

—Pues ahora está en un aprieto, Chica. Calculo que el sistema de alarma lleva tres días, al menos, sin funcionar.

—Es preciso repararlo cuanto antes —suplicó Linda, restregándose las manos—. Tiene que ayudarme.

Jhon miró hacia el exterior. El teniente y Sol estaban regresando, y no parecían muy alegres.

—No podremos hacerla solos, Linda —resopló Jhon—. Y el teniente querrá saber para qué me necesitas. Hará preguntas, y algunas tendrás que contestarlas.

—Hablaré con él. Y también con Sol.

—Sol hará lo que tú digas, ¿no? —sonrió Jhon.

—No seas tonto. Entre Sol y yo nunca ha habido nada —Linda añadió nerviosamente—: Tal vez en esta visita, de no haber sido… Pero dejemos eso. Están entrando. Vayamos a su encuentro.

Cuando Linda explicó a Adhmel que ella y Jhon tendrían que subir hasta los montes, a reparar el detector averiado, éste dejó escapar todo el malhumor que había estado acumulando desde que llegó a Punto Uve.

—Lo más importante es reparar el comunicador, conseguir que el mío disponga de toda la potencia necesaria para enviar un mensaje ultrarrápido a la base más cercana del Comando Solar. Y usted quiere, señorita, que vayamos a trabajar en uno de esos postes. ¡Es absurdo! Si al menos me dijese para qué sirven…

Sol meneó la cabeza negativamente.

—No dirá nada, teniente —dijo—. Yo le he preguntado varias veces acerca del trabajo que hace aquí y nunca he conseguido nada.

—La avería tiene que ser reparada cuanto antes. Es prioritaria esa labor —insistió Linda—. Luego, podemos intentar conectar con su base, teniente. Estoy segura de que Jhon Gross colaborará con usted, entonces. —y se volvió, ansiosa, hacia el presidiario.

De mala gana, Jhon asintió.

—Lo hago por usted, preciosa —gruñó, desviando la mirada—. Por mí toda la Humanidad podría irse al infierno.

—¡Eh! —exclamó Sol—. ¿Qué le debe usted a Linda para que parezca sacrificarse? No le necesitamos para nada.

—Cállese, señor Goldman —intervino el teniente, interponiéndose entre ambos—. No olvidemos que el señor Gross fue ingeniero electrónico en la vida civil. Nos será de valiosa ayuda. Y si se porta bien, puede conseguir que no le sea tomada en cuenta su fuga.

—Oh, sí. Incluso le darán una medalla, cuando regrese.

—Vamos a traer el traje de vacío de Gross, que dejamos fuera. Aún podemos trabajar unas horas en el detector antes de cenar —dijo el teniente—. Señorita, ¿dispone de medios para ir hasta allí?

Linda replicó que en el garaje, además de su vehículo unipersonal, había otro, capaz para los cuatro.

El teniente casi tuvo que empujar a Sol para que saliese con él al exterior. Aunque no le hacía mucha falta, prefería que le acompañase. De haberlo dejado junto a Jhon, hubieran podido terminar ambos

dándose puñetazos.

Linda pidió a Jhon que la ayudase a preparar el material para el trabajo. En el pequeño taller, fueron eligiendo las herramientas y material de repuesto. La muchacha observaba a Jhon elegir lo necesario, en silencio. Repentinamente, dijo:

—Tengo que empezar a creer que usted estaba en el penal padeciendo una condena injusta.

—¿Volvemos a hablarnos de usted? —sonrió Jhon, cerrando la caja de metal, repleta de herramientas—. Pues es cierto. No tengo por qué mentirte. Durante dos años, simulé ser un corderito en el penal para conseguir la confianza del alcaide y ser trasladado al taller. Allí, con sumo tacto, construí un dispositivo que me permitió abordar la nave correo. Hasta entonces, todo estaba calculado. Lo que no podía saber era a dónde me iba a conducir el cartero, aunque tenía esperanzas de que su vuelo programado me llevara a un planeta donde no existiera la extradición con la Tierra. Y he venido a parar a este raro lugar.

—Has sido desafortunado.

—En cierto aspecto, sí. Exceptuando que te he conocido, mi suerte ha sido funesta. Supongo que me comprenderás. Un mundo árido, que sirve para vigilar a los temidos dhuranianos, la amenaza de la Humanidad durante muchos años, desde que fueron descubiertos por las naves de exploración de la Federación.

Salieron del taller y dejaron todo el material junto a la cabina de presión. Linda preparó su traje. Miró por una ventana de observación. El teniente y Sol habían recogido el equipo espacial de Jhon, pero se hallaban discutiendo junto al patrullero. Sol movía los brazos y Jhon dedujo que parecía querer convencer al teniente de que no debían fiarse de él. Sonrió, mirando a Linda, quien parecía haber interpretado, como él, la índole del diálogo.

—Está celoso, su amigo —dijo Gross.

—Aún tardarán. Tengo guardada una botella de coñac en la cocina. ¿Te apetece una copa?

A Jhon se le hizo la boca agua. En los dos años que había estado en el penal, nunca supo a qué sabía el licor. Con una copa bien colmada de coñac en una mano, y un cigarrillo en la otra, se sintió parcialmente feliz. Sentada frente a él, Linda le miraba.

—¿Cómo era la vida en el penal? —preguntó.

—No me recuerdes eso. Hablemos de ti, de todo esto.

Al menos, podemos hacerla mientras los otros no estén presentes. Creo, de todas formas, que si estamos mucho tiempo aquí, tendrás que revelarles algo.

—Confío que no sea así. Sería ir contra las reglas.

—Pero yo sí lo sé —sonrió Jhon—. ¿Que me pasará?

Linda le tomó la mano, y se la apretó.

—No quiero ocultarte nada. Tengo que atenerme a ciertas órdenes. El teniente te devolverá al penal... aunque...

—Continúa.

—Me gustaría que escaparas. Pero es imposible.

—Está bien. Pensemos que ya estoy de vuelta en el penal, en la celda de castigo a causa de mi fuga. ¿Qué harás tú?

—Me quedan pocos días de estar aquí. Tendré que informar a mis superiores de que tú adivinaste para qué sirven estas instalaciones. Lo tendré que hacer, antes de someterme al proceso que me dará una nueva personalidad. Supongo que ellos te reclamarán del penal y harán lo mismo contigo, para que lo olvides todo. Al menos, la parte de tu vida vivida aquí, será olvidada por completo. Luego te reintegrarán a Solius.

Jhon bebió el resto del coñac, gruñó algo entre dientes, y dijo:

—Es horrible. Tú volverás dentro de poco a la Tierra y serás una nueva mujer. No recordarás nada de Punto Uve, de mí. Si alguna vez nos volvemos a ver, no me reconocerás. Claro que no será tan duro para mí, porque habrán hecho lo mismo contigo, y tú también serás una extraña a mis ojos. No es justo, de todas formas.

—Cálmate, Jhon —sonrió Linda, intentando darte ánimos—. Aún pueden suceder muchas cosas.

Se miraron, y entonces algo empezó a hurgar en la mente de Jhon, que ya no le abandonaría en mucho tiempo.

Habíase topado con algo que no encajaba. En alguna parte existía una

fisura, en todo aquel entramado.

—Escucharon voces, procedentes de la cabina de presión. Sol les llamaba, malhumorado.

CAPÍTULO VI

Dhura era una serie de planetas que los terrestres descubrieron hacía treinta años. Hasta entonces las naves de la Federación y demás mundos humanos, humanoides o no, apenas habían tenido conflictos graves. Las ligeras escaramuzas interplanetarias o interestelares se habían solucionado sin demasiado derramamiento de sangre.

Los conflictos estelares en gran escala, temidos cuando se inició la conquista del espacio, no se produjeron.

Pero cuando los mundos Dhura fueron descubiertos, la Federación comprendió que se habían tropezado con el primer peligro serio de su ya larga historia galáctica.

Los dhuranianos eran una raza belicosa, que desde hacía algunos siglos se estaban extendiendo en dirección a las estrellas ocupadas por los humanos y sus esferas de influencia.

Desde el primer momento, los dhuranianos no aceptaron entablar relaciones pacíficas. Las expediciones terrestres fueron aniquiladas, y la Federación se vio forzada a enviar al borde de sus fronteras importantes fuerzas armadas. Un buen número de planetas no pertenecientes a la Federación Tierra se unieron a ellos, conscientes del peligro que representaban los dhuranianos.

La temida y terrorífica batalla no ocurrió. Los dhuranianos se retiraron a sus mundos, comprendiendo que no eran lo suficientemente fuertes como para estar seguros de que saldrían triunfantes de la guerra.

Las fuerzas aliadas permanecieron en los lindes de sus dominios durante mucho tiempo, mientras los jefes deliberaban el siguiente paso a seguir.

Según los cálculos obtenidos, las armadas estelares aliadas tenían

muchas probabilidades a su favor de invadir los planetas enemigos y destruirlos en aquel momento. Pero el saldo que debían pagar a cambio de la victoria representaba muchos millones de muertos. No lo consideraron oportuno. Tampoco podían mantener durante mucho tiempo las miles de naves patrullando por las extensas fronteras de millones de años luz.

Además, los planetas se hundirían en la miseria, ante un estado de vigilia permanente. También, el pavor que en las ciudades se había extendido no propiciaba para establecer una especie de guerra fría. Los gobernantes decidieron construir un sistema de vigilancia —cuya verdadera identidad y situación se ocultó bajo severas medidas de seguridad— a lo largo de las extensísimas fronteras.

Los ejércitos regresaron a sus puestos de origen, aunque se mantuvo en activo una fuerza capaz de detener una invasión dhuraniana, la cual sería detectada inmediatamente y atajada a tiempo, antes de permitirles adentrarse en el espacio propio y extenderse en muchos puntos, lo que equivaldría a dejar indefensos cientos de mundos aliados.

Los terrestres no conocían mucho referente a los dhuranianos, pero sí lo bastante para temerles. Eran unos hombrecillos de apenas un metro y medio de estatura, lejanamente humanoides, habituados a la guerra constante. Vivían para la conquista, la lucha y a destrucción de otras razas que no fueran la suya. Los dhuranianos tenían establecida una sociedad fundada en una guerra permanente, todo lo contrario de los mundos humanos.

Los dhuranianos evolucionaban muy lentamente, lo que les dio confianza a los terrestres. Las naves de Dhura nunca podrían aventajar a las suyas y con una flota potente, aunque no muy numerosa, aliados podrían detenerlos apenas los puestos de vigilancia. situados a lo largo de la frontera detectasen la aproximación del invasor. En tres o cuatro días, la flota de la Federación, sin necesidad de reclamar la ayuda a sus viejos aliados, podía estar frente a la dhuraniana y destrozarla.

Pero si los dhuranianos conseguían rebasar el sistema de seguridad, y extenderse por el sector de la Galaxia que ellos ansiaban conquistar, todo estaba perdido.

A la población de la Federación se le aseguró que el plan trazado podría detener durante milenios a los dhuranianos en sus planetas de origen o conquistados. Y los sociólogos y expertos en evolución cíclica de las razas, dictaminaron que los belicosos dhuranianos perecerían

como entidad antes de dos siglos en manos de alguna otra raza, cuando decidiesen lanzarse a la conquista del otro extremo de la Galaxia. En todo caso, una raza dedicada a la guerra, no podría sobrevivir más de dos siglos.

Todo era cuestión de esperar que los dhuranianos se exterminaran ellos mismos o fueran aniquilados por otros seres dispuestos a defenderse y tan fuertes como ellos.

Jhon pensó que la Federación había sopesado profundamente todos los inconvenientes de aquella solución, al parecer la más sensata.

Mientras terminaba de ajustar correctamente las conexiones arriba en los montes, bajo la mirada desconfiada del teniente y la ayuda de Linda y Sol, Jhon dejaba que su mente trabajara. Sabía que algo no marchaba bien y estaba empeñado en descubrirlo.

Por ejemplo, el sistema de vigilancia sobre los dhuranianos era totalmente eficaz. Los potentes detectores apuntaban hacia sus mundos, desde miles de bases como aquélla de Punto Uve. Teóricamente, el sistema era inmejorable.

En la Tierra nadie sabía, excepto contadas personas del Gobierno, cómo funcionaba el sistema de vigilancia, amparado en la Quíntuple Prioridad. El pueblo sabía que estaba seguro del terror de Dhura y eso le bastaba permitiéndole vivir, gozar y trabajar en paz.

Pero Jhon estaba ahora en uno de aquellos puntos de vigilancia, y podía ver, con sus propios ojos, las deficiencias.

Que un poste de detección fallase, no tenía la menor importancia mientras siguieran funcionando los otros diecinueve. Pero es que el sistema de alarma había quedado bloqueado. Y además, para colmo, el comunicador instantáneo, el único medio que Linda tenía para avisar a la flota acuartelada, en caso de peligro por su sector, yacía bajo la nave correo, en su mayor parte destrozado.

Dejó el soldador, que recogió Linda y guardó en la caja de metal. La miró, mientras ella se alejaba para comprobar el funcionamiento de las conexiones por medio del revisador manual que habían transportado hasta la cúspide del monte.

Era absurdo que aquella base de vigilancia estuviese al cuidado de una sola persona, una mujer. Linda había detectado un fallo y no lo había reparado convenientemente. ¿Era posible que enviasen allí a alguien capaz de dejar pasar por alto un cortocircuito que fuera tan grave

como para bloquear la alarma?

Movió la cabeza, maldiciendo a los mandos que habían enviado allí a la chica. Y además, sólo existía una antena transmisora. ¿Cómo es que no había otra de repuesto? ¿Es que no habían pensado que podía averiarse?

Mientras terminaban de recoger las herramientas, y se dirigían hacia el vehículo volador, Jhon caminaba distraído, sumido en sus pensamientos.

Todo estaba, ahora, en orden. Lo sabía incluso antes de que Linda le dijera, alborozada, que el revisor indicaba la corrección de las reparaciones. Jhon conocía el material porque había sido perfeccionado por él. Cuando el Gobierno de la Federación le hizo el encargo, no sabía exactamente cuál era su destino, aunque sí podía imaginárselo un poco. Ya hacía un tiempo de ello, antes de caer en la estúpida trampa que le tendieron para robárselo todo. ¿Quién podía imaginar, entonces, que años más tarde estaría encaramado en uno de los altos postes, reparándolo?

Durante el camino de regreso al fondo del valle, Linda charló nerviosamente, sin poder ocultar su contento. Jhon, sentado en el asiento de atrás, apenas escuchaba lo que conversaban sus tres compañeros de viaje.

De nuevo en la vivienda, Linda sugirió que podían celebrarlo con una abundante comida y buen vino. El teniente sonrió aprobadoramente y Sol intentó tomarla entre sus brazos y besarla, pero las palabras de Jhon le contuvieron:

—Antes, debemos revisar los registros guardados en la sala de control.

—¡Vaya! —exclamó Sol, soltando a Linda—. Si no es usted un aguafiestas, intenta ahora darse excesiva importancia por lo que ha hecho.

—Jhon tiene razón —dijo Linda—. Tengo tres días en blanco. No sé lo que los detectores han podido captar en ese tiempo. No estaré tranquila hasta que no revise los registros.

Se dirigieron hacia la sala de control. Allí, Linda y Gross abrieron el panel de registros y sacaron las bobinas. Era un sistema de seguridad supletorio para en caso de inspección, según explicó la chica, mientras colocaba el primer cilindro dentro de un lector.

Linda estaba sentada delante de una pantalla interpretadora, leyendo las cintas. El teniente se acercó a Jhon, y dijo amistosamente:

—Tengo que felicitarle, señor Gross. Cuando extienda mi informe, recalcaré que usted hizo un buen trabajo. Es posible que le evite un aumento en su condena. Incluso pueden rebajarle algo la que está expiando.

—Sí, tal vez seis meses, hasta un año. —respondió Cross agriamente —. Pero aún me quedarían cerca de quince. Gran esperanza, sí.

Jorge se retiró de él, bajando la mirada. Jhon pensó que el teniente había querido ser amable con él. Se arrepintió de su dureza.

Iba a decirle que le disculpara cuando Linda soltó un grito. Se colocó a su espalda. La muchacha indicaba la pantalla lectora. Jhon vio en seguida el centelleante trazo de luz que la cruzaba.

—Sonó la alarma —gimió Linda.

Jhon se enderezó. No necesitó que Linda volviera a pasar la cinta para saber que, durante el tiempo que la alarma estuvo bloqueada, emitió la señal indicadora de que los dhuranianos habían irrumpido en el espacio perteneciente a la Federación.

Y precisamente por aquel punto que custodiaba Linda.

CAPÍTULO VII

El teniente entró en la salita. Aunque los demás no necesitaron preguntarle nada, porque su rostro estaba emitiendo una desalentadora respuesta, dijo, mientras se derrumbaba en un sillón:

—No hay nada que hacer. Necio, mi computador, es rotundo, no se puede comunicar con la base del Comando Solar.

Jhon se rascó la barbilla. Ya antes le había dicho a Jorge que no podían, con los medios disponibles, reparar la antena; ni siquiera el comunicador del patrullero, auxiliado con toda la potencia de la instalación, sería capaz de enviar un mensaje instantáneo a la base situada a varios años luz de allí, donde la flota de la Federación

siempre estaba alerta, esperando la señal para situarse en el punto preciso donde el enemigo irrumpiera.

Parecía imposible, pensó, la suerte de la Galaxia, controlada por la Federación y los demás mundos libres, había sido decidida por un simple fallo, una avería en el comunicador. Era demasiada la responsabilidad que unos cretinos gobernantes habían echado sobre los frágiles hombros de Linda.

Miró a la muchacha, sentada, casi hundida en el sillón, con la mirada perdida en el suelo e incapaz de decir nada. De haber estado a solas, sin los otros dos, se hubiera puesto a su lado, intentado consolarla. Pero ¿qué palabras podían decirse en un caso como aquél, capaces de levantar el ánimo a una persona sobre la cual recaería la más grande de las culpas, si la Humanidad podía salir de peligro que se cernía sobre ella?

Jhon tuvo que contar a Sol y al teniente lo que realmente sucedía, y lo que era aquella instalación situada al borde fronterizo con los planetas de Dhura. No omitió detalle alguno, y si lo hizo fue por olvido; pero estaba completamente seguro de que los datos más importantes los había expuesto.

Linda no se opuso a la revelación. Callada, lo escuchó todo, sin atreverse a mirar a ninguno de los hombres. Tal vez ella comprendía que, si estaban perdidos al me nos debían saber fa que había motivado su inminente fin.

—No fue usted muy afortunado diseñando esos aparatos que se averían tan fácilmente —masculló Sol, mirando, desafiante, a Jhon.

El teniente, temiendo otra discusión, dijo a Linda:

—Señorita, será mejor que descanse un rato. Según mis cálculos, usted no ha dormido una hora en los dos últimos días.

Mecánicamente, Linda se incorporó y salió de la salita. Escucharon cerrarse la puerta de su dormitorio.

—Señor Gross, ¿qué podemos hacer? —preguntó Jorge, deteniendo, con un imperioso ademán, una exclamación de protesta de Sol—. Aunque a usted no le guste, señor Goldman, mi prisionero es el único capacitado para encontrar una solución.

—Está loco, si cree que puedo hacer algo —respondió Jhon, encogiéndose de hombros—. Estamos a muchos años luz de la base del

Comando Solar. No podemos avisarles para que sitúen la flota en el sitio preciso para impedir la penetración del enemigo. Los dhuranianos entrarán en nuestra zona galáctica por este lugar, precisamente. Lo primero que harán será arrollar a Solius porque es el primer planeta que encontrarán. Luego tendrán un amplio espacio por el que podrán diseminarse y atacar cien planetas a la vez. La flota de la Federación no podrá estar en tantos sitios al mismo tiempo.

—¿Piensa que estamos perdidos, que la Federación perderá la guerra?

—Bueno, es muy precipitado pensarlo así cuando aún no ha comenzado. Según las lecturas de los registros, la flota de Dhura está aún a dos días de este planeta; pero, antes, tendremos encima una gran nave, tal vez la insignia. Y ésta estará, a simple vista en unas horas. Sabemos que es uno de los navíos de combate de Dhura más grandes y mejor equipados. La avanzadilla de la invasión.

—Disponemos de las armas de mi patrullero…

—Sería como tirarles piedras. Antes de que haga funcionar sus proyectores láser, ellos nos habrán destruido una docena de veces.

—De todas formas, lo harán. Será mejor morir luchando.

—Tal vez el señor Gross esté pensando entregarse prisionero, en la confianza de que los dhuranianos se muestren magnánimos con él, cuando les diga que la Federación le tenía encarcelado.

—No sea idiota, cartero —escupió Jhon, enrojeciendo—. Los dhuranianos pueden mantenemos como prisioneros unos días, los que consideren suficientes para interrogamos. Recelan del poder de la Federación, y querrán saber todo lo que puedan. Ellos se llevarán una sorpresa cuando se encuentren con esta instalación. Desconocen los sitios donde están situados los puntos de vigilancia. Pero, antes de destruirla, tratarán de cogernos prisioneros.

—Tenemos que evitarlo —aseguró el teniente.

Jhon se calló. Su mente se desviaba hacia otros derroteros. Alzó la mirada y dijo:

—Cuando descubran que Solius está próximo y cuenta con indicios de miles de vidas, irán hacia allí, lo cercarán y destruirán, arrasándolo todo, sin saber que sólo es un penal.

—Demonios, ¿cómo se le ocurrió a la Federación instalar un penal tan

cerca de la frontera? —exclamó Sol—. Esos desgraciados están condenados a muerte.

—Tal vez sea mejor para ellos. Cualquiera diría que la Federación levantó en Solius el penal a propósito, ¿no?

—En usted habla el resentimiento, señor Gross —replicó el teniente agriamente.

Como impulsado por un resorte, Jhon se levantó y abandonó la estancia, dejando perplejos a los dos hombres. Cuando se aseguró que ninguno le seguía, entró en la sala de control. Buscó afanosamente los planos del sector. Los localizó e introdujo en los visualizadores. Tomó un calculador de bolsillo y empezó a trabajar. En un mapa que abarcaba cientos de años luz, fue señalando pequeñas cruces. Cuando hubo terminado, no sabía si sonreír contento por su hallazgo o sentirse más desamparado que antes de comenzar el trabajo.

Simplemente, había llegado a la conclusión de que los dhuranianos sólo podían intentar una penetración en el espacio de la Federación por una especie de túnel, en el cual estaba, precisamente, Punto Uve. Intentar hacerla por cualquiera de los otros dos laterales hubiera significado ser descubiertos por tres o más puntos de vigilancia a la vez.

Los dhuranianos no eran tontos. Aunque desconociesen las coordenadas exactas de los planetas donde estaban los puntos de vigilancia, habían calculado a la perfección que donde estaba el planeta Uve, era el más factible de superar. Y encima, para facilitarles las cosas, la alarma, al fallar, se había aliado con ellos.

Pensativo, Jhon lo guardó todo. Si entraban en la sala los otros dos, no debían adivinar lo que había estado haciendo... al menos por el momento. Quizás, más adelante, él mismo lo dijese.

Mientras se dirigía hacia el dormitorio de Linda, Jhon no podía creer que el mando de la defensa de la Federación hubiera cometido el gran error de tener un punto tan vulnerable en su sistema de vigilancia. ¿Cómo es que ellos no habían previsto que, si ocurría una avería en Punto Uve, los dhuranianos podrían invadirles tranquilamente?

No podían ser tan estúpidos, no.

Se detuvo frente a la cerrada puerta del camarote de Linda y la empujó suavemente. Estaba oscuro y esperó unos segundos a que la penumbra que se filtraba del pasillo le permitiese ver algo, al

acostumbrarse sus ojos.

Observó el cuerpo quieto de Linda, tendido en la estrecha cama. Estaba boca arriba, y respiraba tranquilamente, como si durmiese sin la más mínima preocupación.

Allí estuvo un instante, el suficiente para asegurarse de que Linda se hallaba en trance.

Luego, lentamente, cerró la puerta y regresó a la sala.

Los dos hombres seguían allí, discutiendo acaloradamente.

CAPÍTULO VIII

Jhon apenas tuvo tiempo de ocultar el delgado tubo que había estado preparando. Lo guardó dentro de la hebilla de su cinturón y se volvió, confiando que ella no lo hubiese advertido.

Linda parpadeó y se acercó al ventanal. Por un momento, Jhon temió que ella gritase al ver suspendida en el espacio, a menos de diez kilómetros de la instalación, la enorme nave dhuraniana que se había colocado allí hacía media hora.

—Llegaron, por fin —dijo Linda, en un hilo de voz. Jhon la tomó por los hombros y luego acarició su cabello. La apretó contra su cuerpo e intentó transmitirle ánimos.

—Así es. Dormías tan profundamente que no quise despertarte.

—¿Qué hacen los demás?

—Míralos, allá abajo. Hace un rato que bajaron hasta el patrullero —explicó Jhon—. Adhmel pretende que su computador, que él llama Necio, se haga cargo de un proyector láser, el único que está en disposición de disparar contra la nave de Dhura.

La muchacha vio moverse el dorado traje espacial del teniente sobre la estructura del patrullero. A su lado, Sol se volvía de vez en cuando para mirar en dirección a la nave dhuraniana, como si estuviera temiendo que, en cualquier momento, dispararan, desde ella, contra

las dos indefensas naves.

—¿Crees que dará resultado? —preguntó Linda, con la mirada fija en el quehacer de los dos hombres.

—Ellos sí lo creen; pero yo pienso que es una tontería. El plan del teniente es simple. Los dhuranianos, apenas aparecieron, lanzaron un mensaje. Quieren que nos rindamos. Nos han dado casi una hora para decidir. Entonces, Jorge pensó que ellos podían jugársela.

—¿Cómo?

—Hemos decidido rendimos —al decirle eso, Jhon la hizo volverse para mirarla a los ojos. Linda no se perturbó—. Pero es sólo una artimaña para hacer que la nave se aproxime, confiada. Nos llevarán al interior, y entonces el computador del patrullero activará el proyector láser. Piensa el teniente que, a menos de un kilómetro, el disparo será efectivo.

—¿No será así?

—Es posible. Yo no soy técnico militar. Pero sólo podrá hacer un disparo, porque en seguida, desde la nave enemiga, inutilizarán el patrullero y la nave correo de una descarga. Y si nosotros seguimos vivos, los dhuranianos se vengarán en nuestras personas.

—De todas formas, nos matarán tarde o temprano.

—Sí, pero elegirán un medio más doloroso.

—¿Por qué no les ayudas?

—Tenía trabajo que hacer aquí —respondió Jhon, y deseó que Linda no le preguntara qué clase de trabajo.

—¿Es que no confías en el plan del teniente?

—En absoluto. Sólo conseguirá irritar a los dhuranianos.

Vieron cómo las dos figuras, cubiertas con los trajes de vacío, regresaban a la vivienda arrastrándose por el suelo, evitando que desde la nave enemiga les vieran.

—Me pregunto si el teniente no es más necio que su computador —dijo, con sarcasmo, Jhon. Miró la hora y añadió—: Sólo nos quedan unos minutos para entregarnos. Ellos han terminado de preparar el proyector láser, justo a tiempo. Al menos, debo reconocer que han

trabajado aprisa. Vamos a preparamos. El enemigo quiere que salgamos al exterior. Nada más. Seguramente, se acercarán a recogernos.

Agarrándola por la cintura, Jhon casi sacó a Linda de la cámara de control. Abajo, se encontraron con Jorge y Sol. Ambos aún tenían sus equipos puestos. Por el micrófono, el teniente les dijo que se pusieran sus trajes de vacío.

Nadie pronunció una palabra durante el tiempo en que ayudaron a Linda a ponerse su equipo. Apenas Jhon hubo terminado de comprobar su traje y el paso del oxígeno al casco, el teniente comenzó a darles prisa. No podía ocultar su nerviosismo.

—¿Lo arregló todo? —le preguntó Jhon.

—Sí. Necio hará disparar el proyector apenas nosotros entremos en la nave. Si tenemos suerte, estaremos muy adentro. Podemos salvamos. .

—¿Y luego?

—¿Qué se puede predecir? Entonces decidiremos, si nos salvamos del disparo. Podemos aprovecharnos de la confusión.

Sol habíase acercado a un rincón y regresó con su valija.

Jhon estuvo a punto de echarse a reír. El cartero pareció entrever su expresión divertida y dijo, muy serio:

—Sé que es una tontería, pero el reglamento me exige que lleve conmigo, todo el tiempo, el correo especial.

—Dudo que llegue a manos del alcaide —comentó Jhon, meneando la cabeza.

—¿Acaso cree que yo tengo fe en entregárselo? De todas formas, me sentiré más tranquilo.

—Los dhuranianos se lo arrebatarán, apenas lo descubran —dijo secamente el teniente, abriendo la como puerta de la cabina estanca.

Todos entraron y permanecieron en silencio el tiempo que precisó el aire para escapar silbando. Cuando estuvieron rodeados de vacío, la siguiente compuerta se deslizó hacia un lado. El teniente fue el primero que bajó por los escalones de metal, hasta pisar el polvoriento suelo, le siguieron Linda y Jhon. Sol cerraba la comitiva.

Pasaron junto a las naves tumbadas. El teniente se detuvo unos segundos para mirar su patrullero, tal vez por última vez. Sol no quiso observar su nave correo, la más dañada de las dos. El aparato del Comando Solar aún estaba en condiciones de volar, si alguna mano gigante quisiera ponerlo en posición vertical.

Anduvieron unos metros en dirección a la nave dhuraniana.

Jhon alzó la mirada, contemplándola. Era enorme.

Más de mil metros de larga por doscientos de ancho y casi cincuenta de alta. Brillaba pálidamente al sol. Su fondo proyectaba una densa sombra sobre el roturado suelo, al otro lado de la pista de cemento.

—Es aquí —dijo Jorge, deteniéndose—. Es el lugar donde debemos esperarlos.

Unos cinco minutos más tarde, la nave dhuraniana comenzó a moverse lentamente, siempre manteniendo una altura de trescientos metros del suelo. Parecía flotar como un globo. Al igual que los cruceros del Comando Solar, las naves de Dhura usaban un costoso sistema antigravitatorio para moverse sobre las superficies planetarias.

—Nunca he visto de cerca un dhuraniano —comentó Jhon.

Nadie pareció hacerle caso o todos estaban tan deprimidos que no parecía haberles sentado bien la frase.

La nave de Dhura dejó de aproximarse cuando estuvo a doscientos metros del grupo de terrestres. Bajó a la mitad de la altura y una compuerta circular de babor se abrió, surgiendo de ella un vehículo aplanado, coronado por una cúpula transparente. Después de describir un arco suave, muy despacio, se posó a corta distancia.

De la pequeña nave bajaron varias figuras, que caminaron hacia los terrestres con marcadas oscilaciones. Iban armadas y sus trajes de vacío eran, en realidad, armaduras de combate.

En total eran doce dhuranianos los que rodearon al grupo, apuntándoles con sus armas. Uno se acercó hasta el teniente.

—Les dijimos que no portasen armas —escucharon, dentro de sus trajes. La voz del dhuraniano era áspera, como si le costase mucho poderse manifestar en el idioma de la Tierra.

Señaló con su corto brazo el maletín que llevaba Sol.

Muy lentamente, el cartero procedió a abrirlo. La correspondencia iba protegida por un sobre plástico, cerrado herméticamente. El oficial de Dhura se acercó para ver el contenido, con desconfianza.

—¿Qué es eso? —interrogó.

—No contiene nada que signifique peligro para ustedes —respondió Sol—. Mi religión me exige que lleve siempre conmigo estos textos sagrados. Me reconfortaría mucho si me permitieran conservarlo.

Jhon hizo una mueca de aburrimiento. Sabía que los seres de Dhura no tenían ninguna clase de religión. Si sabían algo al respecto de las muchas que existían entre los humanos, aquello sólo iba a aumentar su desconcierto ante la presencia de la maleta.

Pero en contra de lo que esperaba Jhon, que era una respuesta violenta por parte del dhuraniano, éste dijo: —Está bien. Suban al transportador.

Entonces se dio cuenta de que otro miembro del grupo de Dhura les había estado examinando con un detector de armas. Sólo cuando asintió a su jefe, éste había dado su consentimiento.

Subieron a la pequeña nave. Mientras lo hacían, vieron como ocho de los hombres armados se dirigían hacia las instalaciones. Jhon vio palidecer un poco a Jorge. El teniente debía estar pensando que los dhuranianos podían estropear su plan. Ante esto, Gross se volvió para que los demás no vieran su sonrisa.

La navecilla se introdujo en la enorme unidad de combate por la misma compuerta que salió. Navegaron a media altura por un túnel cilíndrico, de gran longitud e iluminado fuertemente de color rosado.

De golpe, el vehículo se detuvo al pie de una rampa.

El dhuraniano con mando indicó a los terrestres que saliesen. Fuera les esperaban otros seres, sin armaduras, pero fuertemente armados.

Jhon se fijó, con curiosidad, en los temidos dhuranianos. Aunque los conocía por películas y fotografías, era la primera vez que podía observarlos directamente, en vivo.

Eran de estatura escasa. Al rededor del metro y medio, pero muy corpulentos. Incluso podían calificarse de obesos. Sus miembros eran gruesos y relativamente cortos, incluso para su corta talla, pero de los cuales parecía emanar una gran fortaleza muscular.

El rostro era, para la visión de un humano, lo más repulsivo. La cara del dhuraniano parecía igual a las demás de sus congéneres. Como la piel de un hombre viejo, muy curtido por el sol, lo que destacaba en ella era el par de grandes ojos azules, rodeados de unos irregulares círculos negros. La boca resultaba ridículamente pequeña cuando estaba cerrada, pero al abrirla para hablar, se ampliaba y enseñaba una doble hilera de afilados dientes, blanquísimos.

Fueron conducidos, por unos pasillos, hasta una estancia en la cual, detrás de una pequeña mesa, les aguardaba un dhuraniano de uniforme oscuro, en cuyas hombreras mostraba unos signos que Jhon creyó recordar pertenecían al equivalente terrestre de almirante de la flota enemiga.

Aquél debía ser el comandante de la nave. A su lado se colocó el oficial que les había conducido hasta allí, que solo se despojó de su casco, quedándose con la armadura y el arma que portaba.

Los terrestres sintieron los pasos de varios soldados al situarse detrás de ellos. Los cuatros estaban colocados delante de la mesa, bajo la escrutadora mirada azul del almirante.

Este habló con su gutural lengua. Su conocimiento del idioma terrestre era poco más que el de su oficial. Jhon pensó que los mandos de la flota de Dhura debían haberse entrenado durante mucho tiempo para asimilar la lengua de los humanos, que para sus condiciones físicas pudo haber supuesto una dura experiencia. No sabía de ningún humano que hubiera podido articular correctamente una de aquellas largas y sibilantes palabras dhuranianas.

—Soy el jefe de esta nave, el crucero *Jhesst*. Mi nombre es Haszah, y pueden llamarme almirante, para facilitarles la conversación. Usaremos conceptos humanos. Podemos hacerlo porque somos superiores a ustedes —el ser emitió un ronquido que podía ser interpretado como una risita, y añadió—: Sabemos que ustedes son incapaces de hablar nuestro idioma. Usted, el del traje dorado, parece ser el jefe, ¿no?

A una indicación del oficial, los terrestres se habían quitado los cascos. El aire del interior de la nave era aceptable, aunque sabían que contenía un exceso de oxígeno para ellos.

El teniente asintió, con una inclinación de cabeza, deglutiendo.

—Su nombre —interpeló el oficial.

—Jorge Adhmel. Mis compañeros se llaman Solomon Goldman, Linda Graves y Jhon Gross —dijo, mientras lo fue señalando.

—Una hembra reproductora —comentó el almirante, mirándola—. Me preguntó qué utilidad puede tener entre ustedes.

Jhon reprimió su deseo de preguntar qué hacían los dhuranianos con sus hembras. Se limitó a observar el enrojecimiento en las mejillas de Linda.

—Partiremos de aquí en breves instantes —dijo Haszah—. Ahora, mis hombres están examinando su base. No perdamos el tiempo. Necesito ciertos informes. No pueden ser muy importantes, pero tengo órdenes de capturar cuantos humanos pueda, y transmitir a mi superior los datos que me puedan proporcionar. Les advierto que, si no están dispuestos a contestar a mis preguntas, Ordenaré su muerte.

Los terrestres se miraron los unos a los otros, y luego se enfrentaron con los rutilantes ojos azules del almirante. Este continuó:

—Conocíamos la existencia de una densa barrera de detección a lo largo de este sector galáctico. También sabemos que no han podido comunicar nuestra presencia a sus jefes y que los demás puntos de vigilancia no nos han captado. Por lo tanto, tenemos el camino libre para atacar sus mundos. Nuestra flota llegará en pocas horas, según su cálculo del tiempo. Pero desconocemos los sistemas de defensa, si existen, que tenga la Federación delante de nuestra ruta de penetración.

«Ya conocen mi pregunta. Ahora quiero la respuesta.»

Jorge se movió, inquieto. Con disimulo, bajó la mirada hasta su reloj de pulsera blindado. Se mordió los labios. Según sus cálculos, en aquel instante Necio debía estar ya disparando el proyector láser. ¿Qué estaba pasando? Ante la insistencia visual del almirante, se vio forzado a responder:

—Soy el único miembro militar de este grupo, almirante. Puedo decirle que desconozco los datos que usted pretende obtener de nosotros, pero le contestaré con sinceridad: No pienso colaborar con ustedes.

—Una respuesta estúpida, de un miembro de una estúpida raza —masculló el almirante—. Conocemos a los humanos, sabemos de su miedo al dolor y la muerte. No tengo por qué mentirles, y deben creerme si les digo que estoy dispuesto a perdonarles la vida si me

transmiten los informes. Si callan, no mejorarán su situación ni salvarán a la Federación de la derrota. En cambio, ustedes pueden ganar. Seguirán vivos. Los dhuranianos no aniquilamos completamente las razas que conquistamos porque las necesitamos para nuestra planificación posterior.

Era fácil adivinar cuál iba a ser aquella planificación, pensó Jhon, cerrando los ojos: una serie de mundos bajo el látigo del enemigo triunfador, trabajando como esclavos para ellos, para continuar engrandeciéndoles, construyéndoles armas y naves para que pudieran proseguir su expansión galáctica.

—Puedo esperar algún tiempo. En estos instantes nos estamos elevando del planeta —dijo el almirante, incorporándose—. Seguiremos avanzando, abriendo camino al grueso de nuestra flota. El oficial les conducirá a la cámara desintegradora. Hasta que lleguen allí, pueden pensar si desean continuar viviendo. Eso es todo.

El dhuraniano hablaba despreocupadamente, como si estuviera cubriendo un requisito indispensable para, ordenar su muerte. Linda, al lado de Jhon, se estremeció, y éste lo percibió a través del traje grueso de presión.

El almirante iba a marcharse por la puerta del fondo cuando Jhon, adelantándose un paso, dijo:

—Señor…

Haszah se detuvo, y volvióse para mirarlo.

—¿Sí?

—Tal vez yo conozca los datos. ¿Puedo contar con su garantía de que también respetará las vidas de mis compañeros?

—¿Por qué no? Ustedes no causarán molestias, y la nave es grande. Pueden esperar encerrados el fin de la guerra, que no durará mucho.

Pero al ver el intento de Jorge de agredir a Jhon, añadió, después que dos soldados sujetaran al teniente:

—Por fortuna, me hicieron aprender las costumbres humanas. Si tengo que encerrarles juntos, ordenaré atar al soldado humano. ¿O prefiere que le mate?

—Me es indiferente, señor. Pero hablaría más a gusto si ellos no

estuvieran delante.

—Comprendo —dirigiéndose al oficial, ordenó—: Llévese a los tres humanos fuera. Espere allí que este hombre hable conmigo, y condúzcalos, luego, a todos a una celda.

Jhon escuchó los insultos del teniente, las imprecaciones pronunciadas en voz baja por Sol, y el silencio acusador de Linda.

Cuando se quedó a solas con el almirante y tres inmóviles soldados que seguían apuntándole, dijo:

—Apenas a unos años luz de aquí, existe una gran base de la Federación. Es el tapón que cierra el único paso débil en la línea de vigilancia.

El almirante se acarició su enorme mentón, casi hundido en el pecho.

—Puede ser cierto. Hemos detectado gran cantidad de vida humana a un año luz de aquí, precisamente delante de nuestra proyectada ruta.

—Es el planeta Solius. Allí existe una poderosa flota, y está erizado de defensa. Cualquier armada sideral que se le acerque, sin conocer el peligro, está condenada de antemano.

—Necesito que me indiques exactamente la posición de ese planeta. Si no mientes, te habrás ganado la libertad.

Cuando Jhon hubo terminado, el almirante, sin poder ocultar su contento, preguntó al terrestre:

—Me alegro de tu buen sentido, humano. ¿Deseas que mate al humano que pretendió agredirte?

—Sí. También deseo presenciar cómo muere. El almirante movió la cabeza.

—Tal vez nunca os comprenda, humano. Sois una raza que merecéis ser esclavizada o destruida. Os odiáis los unos a los otros. Nosotros, en cambio, sólo odiamos a los miembros de otras especies. Por eso seremos los amos absolutos de la Galaxia. La presencia de la Federación era un obstáculo en nuestra expansión por este sector.

Indicó a los soldados, que vigilaban a Jhon, que lo sacasen de allí.

CAPÍTULO IX

El primer indicio que hizo sospechar a Jhon, fue no ver en el pasillo a sus compañeros. No pudo reprimir el sudor frío que corrió por su frente. Empujado por los soldados, anduvo a lo largo del corredor, siempre viendo la espalda del que abría camino. Bajaron dos niveles y lo hicieron detener al doblar un recodo.

Al otro lado, vio a los tres terrestres, custodiados por otro dhuraniano y el oficial. Se habían despojado de sus trajes de vacío y estaban pálidos.

Jorge fue el primero que le vio llegar y sus ojos chispearon.

—Maldito cerdo —dijo el teniente—. ¿Suponías que ibas a recibir alguna recompensa por tu traición?

Jhon parpadeó. Entonces se percató de que sus compañeros estaban atados. Las manos, a la espalda, eran aprisionadas por unas esposas metálicas. Pero lo más terrorífico era la compuerta de un metro de diámetro, abierta en una de las paredes. Sobre ella campeaban unos extraños signos, de escritura dhuraniana.

El oficial se adelantó y explicó:

—Como no podrá leer eso, humano, le diré que indica que esa abertura conduce a la cámara donde se desintegran los desperdicios de esta nave.

—Un momento —dijo Jhon roncamente—. El almirante...

—Sé lo que tengo que hacer, terrestre —gorgojeó el oficial, divertido —. No queremos infectar la nave con su presencia.

—Oh, Jhon —gimió Linda—. ¿Qué le has dicho al dhuraniano? Todo ha sido en vano.

—Sólo le dije dónde está la fortaleza de Solius. Después de ella, nada será capaz de detenerles.

Tres pares de ojos se alzaron para mirarle, confusos.

Jhon les guiñó un ojo. Deseó que aquellos seres no supieran lo que un

humano quería decir con tal gesto.

—Vamos, echadlos adentro —dijo el oficial a los soldados.

—Quiero que vean al almirante —gimoteó Jhon, zafándose de los soldados que querían atarle las manos a la espalda—. Ha de existir una confusión. El me prometió que conservaría la vida, que sólo sería eliminado el militar y...

—Basta ya. Adentro con él —gritó el oficial, mostrando impaciencia por acabar con el trabajo.

Jhon dobló las piernas y rodó por el suelo. Tenía los ojos cerrados, como desmayado. Un soldado le golpeó con su arma y otro se agachó para tomarle por los sobacos. Jhon se dobló un poco más, acercando la mano hasta la altura de la bota.

Cuando fue izado por el corpulento soldado, tenía en su mano derecha un delgado cilindro. Sol estuvo a punto de soltar un grito, como si hubiera reconocido la falsa arma con que Jhon le apuntó en Solius para forzarle a poner la nave correo en marcha.

Pero aquélla no era un simulacro de arma. Jhon disponía de diez segundos de fuego de láser y, cuando apretó el disparador, sabía que no tendría tiempo de rectificar si fallaba en el primer intento de eliminar a los cuatro soldados y al oficial.

Fue difícil. Primero rajó por la mitad al que le estaba poniendo en pie. Luego, los que estaban junto a los terrestres cayeron al suelo, decapitados. El cuarto rodó por el suelo, con ambas piernas cercenadas.

El oficial saltó hacia atrás y comenzó a empuñar su pistola. Jhon maldijo porque se había puesto detrás de Linda. Aunque tenía su arma alzada, no se atrevió a disparar el segundo escaso de láser que le quedaba.

Pero Linda se tiró al suelo, y Jhon efectuó el disparo una milésima antes de que el oficial hiciera funcionar su pistola.

Sobre la cabeza de Jhon pasó un ardoroso trazo de luz, que le chamuscó algunos cabellos. Pero vio cómo el oficial caía con una enorme raja a la altura del corazón, sin soltar un solo gemido.

—Coged las armas —dijo Jhon, jadeante. Se apoyó contra la pared y miró al otro lado del recodo. No vio nada.

Jorge y Sol tomaron sendas armas y Linda se apropió de la pistola del oficial. Entonces todos miraron a Jhon.

—Muchacho, estás loco —exclamó el teniente mirando la varilla que sostenía Jhon. Este la arrojó lejos y agarró un láser de uno de los soldados—. Conseguiste pasar un arma delante de las narices del detector. ¿Cómo lo hiciste?

—Estaba oculta en mi bota, cubierta de fibra de madera —replicó Jhon.

—Bien. Y ahora, ¿qué? ¿Cómo conseguimos salir de aquí?

—Creo recordar el camino que conduce aI muelle donde nos dejó la navecilla de transporte —dijo Sol.

—Sería una locura —negó Jhon—. Regresemos a la cabina del almirante.

—No creo que con el almirante como rehén logremos algo. Esa gente no respetará su vida si pretendemos obligarles a actuar en contra de los intereses de la flota —dijo el teniente.

—No haremos eso —dijo Jhon poniéndose en marcha.

—Pareces conocer mucho a esta gente —expuso Linda.

Jhon se limitó a sonreír, infundiendo confianza.

* * *

El almirante Haszah se retrepó en su sillón giratorio y se volvió hacia el otro extremo de su mesa semicircular. Desde aquí recibió la réplica de la Gran Nave Insignia de la Flota de Dhura.

Sonrió satisfecho. El propio Jefe Supremo le había felicitado. Al enviarle la noticia de la existencia de aquella inesperada fortaleza, situada a medio millón de años luz, no escatimó los elogios. Le recompensó dándole noticias del plan de ataque de la flota. El planeta llamado Solius sería cercado y destruido desde una distancia que le incapacitaría de lanzar un ataque eficaz contra ellos. Las naves de Dhura surgirían del hiperespacio e inmediatamente lanzarían un ataque masivo. Antes de que las defensas del planeta, que quedasen

intactas, contestasen al fuego, las naves dhuranianas se habrían movido y disparado la segunda y definitiva carga, que destrozaría toda la superficie.

Haszah podía estar plenamente contento. A él se debería, en mucho, la rápida victoria, que ya parecía segura para las armas de Dhura.

Habían logrado infiltrarse en el espacio de la Federación sin ser detectados. Durante muchos años habían estado aguardando en las inmediaciones del punto más débil de la vigilancia humana. Cuando captaron el fallo del sistema defensivo, gracias a sus sensibles detectores, el Jefe Supremo ordenó la aproximación del crucero *Jhesst* para investigar e informar si, desde el planeta donde se había producido el fallo, seguían sin emitir mensaje alguno que alertase a la flota.

No sólo pudo Haszah comunicar que la alerta a la flota humana no se había producido, sino que consiguió unos prisioneros. Uno de ellos, demasiado asustado y crédulo, le había revelado el secreto. El punto débil en el sistema defensivo tenía una segunda línea de seguridad; una planeta sin atmósfera fuertemente defendido.

Apenas se hubo marchado el prisionero, conducido hacia la muerte junto con sus demás compañeros, el almirante emitió una orden analítica de contacto instantáneo. El enorme consumo de energía había valido la pena. Sólo precisó unos segundos la onda en llegar a Solius, a medio millón de año luz y regresar. La respuesta fue afirmativa. En el planeta señalado por el humano existía fuerte indicio de vida, así como instalaciones construidas en la superficie y el subsuelo.

El informe no había sido una patraña del prisionero. El crucero del almirante Haszah se estaba alejando a un décimo de la velocidad lumínica del pequeño planeta de vigilancia, en dirección a Solius. Cuando estuviese en determinado punto, entraría en el hiperespacio. Se uniría con el resto de la poderosa flota dhuraniana precisamente a tiempo justo de surgir al espacio normal, dispuesto para comenzar el ataque.

El *Jhesst* era una nave mixta, Además de poseer el armamento de un crucero de combate, su popa estaba dividida en tres secciones, separables entre si y con propulsión propia. Cada un de las secciones contenía diez mil infantes, que desembarcarían en Solius cuando las defensas fuesen destruidas. El Jefe Supremo había prometido a Haszah que su unidad tendría el honor de ocupar el primero de los mundos

humanos que iban a conquistar.

El almirante, como era usual entre los de su cargo, comandaba la gran nave de guerra en solitario, desde su cabina privada a la cual no tenía acceso ni el segundo de a bordo. Mientras estaba allí sólo podían dirigirse a él por medio de los transmisores. Era una vieja costumbre, procedente de los heroicos tiempos cuando los dhuranlanos se lanzaron a la conquista del espacio y que se había mantenido en el curso de los siglos.

Le gustaba estar solo, sentirse el amo de una potente máquina de guerra y sobre muchos miles de soldados que le obedecían ciegamente. El almirante solía permanecer en su cabina privada una hora de cada seis en los períodos de navegación normal, pero cuando se entraba en combate nunca salía de allí hasta que la lucha cesaba.

El distintivo situado sobre su puerta era suficiente para mantener alejados a todos los tripulantes y navegantes, hasta a los oficiales.

Así, cuando ésta se abrió con excesiva violencia, el almirante hizo girar su sillón y el grito de furia que estuvo a punto de emitir murió en su garganta al ver penetrar a los cuatro terrestres.

Las bocas de cuatro armas le apuntaron y el mismo humano que momentos antes había interrogado, le conminó:

—Le volaré su cabeza de sapo si le veo acercar las garras a los mandos, mi querido almirante.

Sol agarró al dhuraniano por su flamante uniforme y lo sacó de un empellón del sillón. El rechoncho corpachón cayó pesadamente al suelo. Le puso un pie sobre el pecho y aproximó el cañón de su arma a la cara.

El teniente silbó al ver la semicircular consola con sus cientos de luces y dispositivos. Doce pequeñas pantallas visoras mostraban diversos lugares de la nave. Se volvió hacia Jhon, preocupado.

—Amigo, serás un genio si eres capaz de comprender esto.

Jhon se sentó en el sillón y se restregó las manos mientras se movía delante de los mandos. Intentó sonreír.

—Bueno, los principios son los mismos. Por suerte los dhuranianos son muy conservadores y desde los primeros y desastrosos contactos con los exploradores humanos no han cambiado mucho su concepto de la

lucha en el espacio. Este tipo de crucero fue minuciosamente analizado antes de romperse de forma total las relaciones. En una ocasión leí un estudio sobre él. La parte frontal es un crucero de combate, mientras que las tres barras de proa son transportes de material o de tropas —miró unos diagramas con extrañas escalas y tardó unos instantes en responder—: Su idioma es algo imposible para nosotros, pero no así su escritura. Ya os dije que al otro lado de la habitación donde fuimos interrogados debería estar la cabina central que coordina el mando de toda la nave. Generalmente el almirante no se ocupa del manejo de maniobras sin importancia, pero dispone de poder sobre cualquier mando. Si él quier controlar las baterías láser de babor o estribor nadie puede impedírselo. Generalmente nunca lo hace un comandante de crucero, pero el mando debe estar bajo su control directo.

—Bien, bien —apremió Jorge—. Te creo. Basta de teoría. ¿Qué podemos hacer ahora?

—¿Sabes que eso me gustaría saberlo? Déjame que me concentre y encontraré una solución —Jhon se decidió a mover unos botones.

Una gran sección frontal se alzó y Jorge maldijo algo entre dientes, exclamando luego:

—Por el amor de Dios, Jhon. No podemos perder el tiempo haciendo pruebas...

—Eh, mira eso antes de protestar —indicó Jhon hacia las grandes puertas abiertas delante de ellos.

Todos miraron. Una rampa caía hasta donde estaba una nave como la que les había llevado dentro. Pero era un poco más grande. En sus flancos lucía el mismo distintivo que antes vieron campear sobre la puerta de la cabina.

—El almirante dispone de este medio de huida —sonrió Jhon—. Oh, no pensemos que nuestro amigo es cobarde. Digamos que para trasladarse a la nave insignia de la flota cuando es requerido por su superior.

——¿Crees que podríamos escapar en ella? —preguntó Linda acercándose hasta el borde de la rampa.

—Su manejo sería un juego de niños para Sol... si yo le ayudo a interpretar lo que él no entienda, claro —rió Jhon. A cada momento parecía más alegre—. Muchachos, tal como suponía, esta consola

dispone de un dispositivo precioso. Podemos grabar una serie de disposiciones que se pondrían en marcha en un plazo fijo que dictemos. Eso nos permitiría escapar y ver desde lejos, a bordo de la navecilla particular del almirante, les fuegos artificiales que queramos.

—Hazlo de una vez.

—Humanos, ustedes están desequilibrados —aulló el almirante desde el suelo—. No podrán conseguir escapar...

Sol, furioso, apretó su presión del pie sobre el pecho del almirante, pero éste se revolvió y le apartó. El cartero, mientras caía, disparó y el trazo del láser atravesó la corta pierna del dhuraniano.

Antes que Jorge acudiese en ayuda de Sol, el almirante echó a correr, renqueante, hacia el hangar. Jhon se movió rápidamente y aplastó un mando de la consola.

La pesada puerta de acero que cerraba el hangar descendió pesadamente. El dhuraniano apenas pudo verla y trató de eludirla, pero sólo consiguió caer, quedando en el suelo.

A la altura del pecho la puerta le aplastó, hundiéndose unos centímetros en la ranura que le servía de alojamiento.

Linda se volvió, ocultando la cara entre las manos.

Sol vomitó en un rincón y Jhon decidió no volver a levantar la compuerta hasta que no estuviese listo el programa de tiempo. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no perder la serenidad. Incluso el teniente estaba intensamente pálido y comentó:

—Creo que estaba buscando la forma de morir. Haszah no hubiera podido sobrevivir a lo que para él significa un deshonor.

Jhon apretó los labios y apresuró el trabajo.

CAPÍTULO X

Jhon Gross sólo necesitó diez minutos escasos para disponer una serie de órdenes que el panel maestro del almirante empezaría a ejecutar un

cuarto de hora más tarde. Al menos, así confiaba Jhon que sucedería. El teniente le había ayudado eficazmente en aquellos temas militares en los que él no estaba muy seguro.

Mientras, Sol había estado examinando la navecilla.

Medio sacó el cuerpo de ella y gritó:

—Eh, cuando queráis podemos largamos de aquí.

La compuerta exterior puede abrirse por control remoto desde este trasto.

Jhon iba a abandonar el sillón giratorio cuando observó una de las pequeñas pantallas visaras. En la que reflejaba el pasillo exterior estaba lleno de soldados dhuranianos que corrían hacia la entrada.

—De alguna forma han descubierto que estamos aquí —masculló Jhon.

—Tal vez cuando murió el almirante sonó un aviso en alguna parte para indicarles que algo no iba bien —dijo el teniente.

La puerta que daba a la sala contigua, donde fueron interrogados, no tenía ninguna clase de cerradura. Los dos hombres apuntaron con sus armas a la puerta y empezaron a disparar. Usaron el láser a baja potencia, pero con amplio foco. En cinco segundos la puerta quedó soldada al marco.

—Linda, corre al navío salvavidas —gritó Jhon.

La muchacha tomó algo del suelo, que Jhon identificó como el maletín con la correspondencia de Sol. Meneó la cabeza y siguió disparando para terminar de soldar la puerta a la pared. No era muy gruesa la hoja de acero y los dhuranianos apenas tardarían un instante en derribarla.

Al pasar junto al cadáver decapitado del almirante, Jhon creyó verle, a la altura del corazón un marcapasos. Tal vez fuese el dispositivo que había alertado a la tripulación. Pero los dhuranianos no podían saber lo que sucedía dentro. Lo último que se imaginarían sería que los prisioneros humanos habían conseguido evitar ser lanzados al desintegrador y apoderado del mando maestro.

Saltaron dentro del bote y Sol cerró la escotilla. El interior era cómodo, incluso con excesivo lujo. Jhon miró con temor hacia la

cerrada puerta. Sobre eIla estaban apareciendo manchas rojas, indicativas que estaban intentando derretirla desde el otro lado.

Sol impulsó la nave hacia la cerrada compuerta y Jhon cerró los ojos. Cuando los abrió estaban saliendo al exterior y el acceso al hangar se había cerrado al abrirse la comunicación con el espacio.

La navecilla salvavidas se alejó del gran crucero a una velocidad que a los terrestres se les antojó lentísima, a pesar de que se aproximaba a un décimo de la lumínica.

—Confiemos que no nos detecten —suspiró Linda.

—Estarán desconcertados —bramó Jorge—. Y más estarán cuando descubran el cadáver de su almirante. —Amigos, este chisme no es muy cómodo de manejar; pero lo importante es saber a dónde nos dirigimos.

—Lo principal es avisar al Comando Solar —dijo el teniente—. Aún es posible alertar a nuestra armada estelar.

—¿Con esta velocidad? No olvidemos que esto no puede navegar por el hiperespacio. Si acaso puedo forzarlo a multiplicar por algunas unidades la velocidad de la luz.

—Entonces vayamos a Punto Uve.

—¿Por qué a Punto Uve?

—Por allí, a esta hora, ya habrá pasado la flota dhuraniana en dirección a Solius. Si Sol consigue sobrepasar la velocidad lumínica podemos estar allí antes de veinticuatro horas.

—¡Pero para entonces el enemigo habrá embestido, incluso contra la Tierra! —gritó Jorge.

—¿Conoce otro sistema?

La respuesta fue un profundo silencio.

—A mi pesar tengo que reconocer que Gross tiene razón —mascculló Sol—. Solius o cualquier otro punto amigo está demasiado lejos. Punto Uve, en cambio, al alcance de la mano. Pero ¿qué encontraremos allí?

—Esta navecilla dispone de un comunicador instantáneo, pero no tiene reserva de energía suficiente para enlazar de forma instantánea con la Tierra. En cambio, si los dhuranianos han dejado intacta la

fuente energética de la base, podemos conectar con los nuestros y pedir ayuda.

—¿Quién estará en condiciones de ir a Punto Uve a rescatamos dentro de un día? —dijo Jorge—. Para entonces no existirá ninguna nave de la Federación en un radio de cien años luz.

Se habían alejado casi un millón de kilómetros del crucero de Dhura. Adhmel ajustó el telescopio para que éste reflejara su imagen en la pantalla. La nave enemiga se estaba dividiendo en cuatro partes. De la primera, que ocupaba toda su proa, surgieron unos potentes torrentes de fuego que cubrieron a las tres secciones cargadas de tropas.

Las divisiones segmentadas se fundieron dentro de tres bolas de fuego, mientras que la parte principal describía un cerrado arco y caía en el interior del horno atómico. Una nueva y más potente explosión indicó que el crucero había sido destruido totalmente.

—Un enemigo menos, pero aún quedan muchísimas naves como esa que están a punto de alcanzar Solius —suspiró Jhon.

—¿Por qué está tan seguro que atacarán Solius antes que nada? —preguntó Jorge arrugando el ceño—. Sería una gran torpeza por parte de los dhuranianos.

Jhon se encogió de hombros.

—Bueno, es la ruta más directa para llegar al centro de la Federación, ¿no?

—Cariño, estoy segura de que tú sabes más de lo que quieres demostrar —afirmó Linda, mirándole, desconfiada.

—Sí, ¿qué le dijo usted al almirante? ¿Es que no todo fue una treta para engañarle? Por cierto que no dudé que estuviera dispuesto a vendernos a nosotros tres por salvar su piel —dijo Sol.

Jhon soltó un gruñido, cruzó los brazos y reclinó la cabeza sobre el asiento. Cerrando los ojos, dijo:

—Tenemos que estar juntos durante veinticuatro horas en este reducido compartimento. ¿Por qué no esperamos hasta llegar a Punto Uve? Ahora necesito descansar.

Después de un corto silencio, Linda dijo:

—Yo también estoy agotada. Ahora una discusión sería terrible.

Sin dejar de manejar la navecilla, Sol exclamó:

—Está bien, pero apenas lleguemos a Punto Uve Gross nos tendrá que aclarar muchas cosas.

—Yo le relevaré dentro de un par de horas, Sol —dijo Jorge. Estaban rebasando la velocidad de la luz y las estrellas al otro lada de la cabina eran trazos fugaces.

El teniente se rascó el mentón. Sí, también él tenía que investigar algo en Punto Uve. Después que salvasen el problema de poder entrar en el patrullero, puesto que tendrían que conectar directamente con la esclusa al carecer de cascos para los trajes, tenía que estudiar el motivo por el cual Necio no hizo funcionar el proyector láser cuando ellos fueron introducidos en el crucero de Dhura.

* * *

Al aproximarse a Punto Uve lo hicieron con el inocultable temor de encontrarse con las instalaciones arrasadas.

Pero los dhuranianos no se habían molestado en dejar tras ellos un enorme cráter en lo que habían sido las instalaciones.

Todo estaba intacto.

Descendió la navecilla sobre la pista de cemento, a corta distancia del patrullero y apenas un par de metros de la nave correo. Era más fácil lanzar el tubo neumático sobre la escotilla de ésta que intentar abordar el patrullero.

Sol llevaba trajes espaciales de reserva y con ellos puestos, los cuatro terrestres se dirigieron a la vivienda de Linda. Allí las puertas de presión estaban violentadas y la atmósfera se había escapado. Los dhuranianos no se molestaron en intentar localizar el abridor automático, situado en el exterior, para asegurarse de que dentro no quedaba ningún humano más.

Necesitaron casi dos horas para restablecer la presión en la vivienda. Puesto que hacía más de un día que no probaban bocado alguno ni

gota de agua, ya que en el bote de Dhura no encontraron alimentos, el siguiente paso fue prepararse una copiosa comida, regada con el resto del vino que guardaba Linda en la despensa.

Apenas llegaron los postres cuando Jorge se levantó, explicando:

—Voy a revisar el patrullero.

—Un momento, teniente —le detuvo Jhon—. ¿Por qué no conseguimos la fuerza que precisa el comunicador de la nave de Dhura para enviar un mensaje de ayuda? —¿Tanta prisa tiene por volver a la prisión, Gross? preguntó Sol.

Linda evitó una nueva discusión, diciendo que comunicar era lo más importante, por el momento. De nuevo con los trajes, sacaron un conductor desde la pila atómica situada en el sótano hasta la nave dhuraniana. Grabaron un mensaje de diez minutos, en el cual explicaban la invasión y su situación en Punto Uve.

Dejaron la grabación repitiéndose incesantemente y Jorge comentó pesimista:

—Me temo que sea demasiado tarde. Las defensas de la Federación han sido pilladas por sorpresa.

Se marchó al patrullero y los demás regresaron a la vivienda.

Jorge regresó y apenas se hubo quitado el casco, todos vieron su torcido gesto y el encendido de sus mejilIas con barba de tres días. Dirigiéndose a Jhon, le espetó:

—Maldito bastardo. Cuando llegó la nave de Dhura y nos conminó a la rendición tú no te preocupaste demasiando cuando Sol y yo decidimos que Necio se encargara de disparar el láser contra ella.

—¿Qué quiere decir, teniente? —intervino Linda, con el rostro lívido.

—Jhon se nos perdió un rato mientras usted dormía, señorita Graves —replicó el teniente sacando su pistola y apuntando a Jhon—. Debió ir a mi nave y averiar el computador. Por eso no disparó el láser cuando el crucero estaba a tiro.

Linda se volvió hacia Jhon, preguntándole ansiosamente:

—¿Es cierto eso?

Jhon se limitó a asentir. Detrás suyo, Sol le dirigió un insulto,

añadiendo:

—Este presidiario tenía su plan. Al conocer que este planeta sería invadido por los dhuranianos, no quiso que intentásemos nada contra ellos porque ya tenía decidido ser su prisionero y salvar su sucio pellejo, diciéndoles lo que ellos quisieran.

—Eso no puede ser —empezó Linda a protestar débilmente.

—¿No? Todos nosotros le tomamos por un traidor, cuando quiso quedarse a solas con el almirante. Luego, cuando también quisieron desintegrarle a él, luchó por su vida. Repito que fue por su vida, no por las nuestras.

Pero entonces encontró una excusa para que nosotros creyéramos que sólo había intentado ganar tiempo y conocer el terreno que pisábamos. Fuimos unos idiotas al pensar que había sido una artimaña ante el enemigo el demostrar que estaba dispuesto a colaborar con ellos.

—Sol tiene razón, Linda —asintió el teniente—. Lo siento. Debe ser doloroso para ti, una vez más saber lo miserable que es Jhon. Ha estado jugando con nosotros. La suerte ha estado aliada con él y las circunstancias siempre le ayudaron a evitar descubrir su juego totalmente. Pero esta vez ya no podrá engañamos.

Linda aspiró hondo y retrocedio unos pasos.

—Teniente, ¿por qué no lo mata ahora mismo? —dijo Sol—. ¿Qué espera? Si consideramos las cosas, todo ha sucedido por culpa de él. Linda no pudo enviar el mensaje alertando a la Federación porque su patrullero y mi nave correo destruyeron las antenas del transmisor instantáneo. Pero eso sucedió porque Jhon es un presidiario que se fugó. Un malhechor, un asesino, aunque siempre haya dicho que se encontraba en Solius a causa de un error.

—Lo siento, Sol. Pero yo no puedo tomarme la justicia por mi mano. Tengo superiores a quien responder de mis actos. Mi deber es entregar a Jhon Gross de nuevo al alcaide de Solius.

Sol estalló en una carcajada.

—A estas horas Solius estará arrasado. ¿Ya hemos olvidado que Jhon mencionó que la armada de Dhura se dirigía hacia allí? ¿Por qué lo sabía?

—Porque yo le dije al almirante que en Solius existe una fortaleza del Comando Solar —dijo Jhon secamente.

—¡Asombroso! —gritó Sol, abatiendo los brazos—. Jhon sólo quería asegurarse que el lugar donde debería estar dejaría de existir. O tal vez vengarse de sus carceleros, sin importarle sus compañeros de condena.

Jorge movió la cabeza, levantando la mano que no tenía armada para pedir calma a Sol. Pero el cartero saltó sobre el teniente y le arrebató el arma. Cuando iba a revolverse contra Jhon, éste se plantó delante de él y le propinó un puñetazo.

La pistola saltó por el aire y Jhon la recogió antes de que cayera al suelo. Retrocedió hasta dar de espalda contra la pared y apuntó a los dos hombres.

Sol jadeó:

—Bien. Nuestro amigo, con una pistola en la mano no siente ya ningún temor a mostramos tal cual es.

—No sean más idiotas —escupió Jhon—. Sólo quiero salvar mi vida de su locura, Sol. Al principio, me cayó simpático, pero las circunstancias no le dejan pensar sensatamen te.

—¿Me Ilama insensato?

—Por supuesto. Precisamente por eso no le dije nada a usted de lo que averigüé aquí, cuando descubrimos que la alarma había actuado, pero que no fue captada a causa de la avería.

—¿Qué cuento es ése ahora? Jhon miró al teniente.

—Tampoco quise decirle nada a usted, teniente. Está demasiado saturado de reglamento y yo era su prisionero, no una persona capaz de pensar.

—¿Un nuevo truco?

—No. ¿Por qué no se sientan y me escuchan? Cuando nos dirigíamos hacia aquí, comentaron que yo debería decirles muchas cosas que no comprendían. Estoy de acuerdo. Creo que ha llegado el momento de explicárselo todo —se volvió, sonriente, hacia Linda—. Tú también debes escuchar, cariño.

—¿Yo?

—Naturalmente. Has sido la pieza más importante de todo esto. Pero de forma inconsciente. Creo que vas a llevarte una gran sorpresa. Por favor, escuchadme.

Linda fue la primera en sentarse frente a Jhon. Luego, el teniente lo hizo resoplando. Sol necesitó que la chica se lo pidiese con una ansiosa mirada, suplicante.

—Perfecto —asintió Jhon—. Fue precisamente la avería del comunicador de esta base lo que me hizo pensar.

CAPÍTULO XI

—No podía comprender cómo un enclave tan importante estaba exclusivamente confiado a una sola persona. Tampoco era lógica la existencia de un solo transmisor. ¿Por qué no otro de reserva? Las antenas proyectaras de mensajes instantáneos, que superen las dificultades de las enormes distancias calibradas en años luz, suelen averiarse con facilidad.

»Además, pronto averigüé que este planeta ofrece una debilidad manifiesta en el sistema defensivo de la frontera con Dhura. Otro dato que me hizo pensar.

»Cuando estuvimos reparando el detector número nueve, no podía creer que las conexiones hubieran fallado de forma tan lamentable. Generalmente estos fallos no pueden ocurrir ni en mil años.

—¿Lo dice porque intervino en su diseño, señor Gross? —preguntó, con sarcasmo, Sol.

—Cállate —le recriminó Linda.

Sol se hundió en el asiento, gruñendo.

Imperturbable por la interrupción, Jhon continuó:

—Todos estos hechos parecían estar dispuestos para inducir al enemigo a penetrar por este sector, apenas se produjeran los fallos. Lo

único que no estaba previsto era nuestra tumultuosa llegada, con la consiguiente destrucción de la antena.

»Los dhuranianos han intentado, desde hace muchos años, franquear la frontera y situarse en posición idónea para atacar a la Federación. Eso lo sabía el Gobierno. Estoy seguro de que ideó un plan para atraer a los seres de Dhura.

»Los dhuranianos estuvieron observando, precisamente, este planeta porque sabían que, de producirse alguna oportunidad para su penetración, sería por aquí. Cuando captaron que el sistema de alarma no funcionaba, enviaron una de sus naves, el crucero *Jhesst* al mando del almirante Haszah. Su propósito era bloquear cualquier mensaje por medio del transmisor. Ellos no sabían que la antena estaba destruida, pero emitieron las perturbaciones precisas para evitar la alarma a la base donde está, expectante, nuestra flota.

»Entonces me pregunté cómo era posible que el Gobierno de la Federación estuviera tan tranquilo, ante el peligro de Dhura, contando con la debilidad manifiesta en Punto Uve. Al no existir otro medio de comunicar la invasión dhuraniana, al menos electrónicamente, debía existir un camino seguro de hacer llegar la alarma a la flota.

»Cuando Linda me contó ciertas cosas acerca de su empleo, me hizo meditar. Los encargados de los puntos de vigilancia, cuando retornan a la vida civil, son sometidos a un lavado mental, que les hace olvidar todo lo concerniente a su anterior trabajo. Estos funcionarios, que dependen exclusivamente del Comando Solar, son meticulosamente elegidos. Sin embargo, sus conocimientos sobre electrónica y mecánica para poder reparar posibles fallos no son estimados. Otra incongruencia.

Jhon dejó la pistola a un lado y tomó las manos de Linda, mirándola fijamente a los ojos.

—Vi a Linda dormir. Mejor dicho, no dormía. Estaba en trance. Realmente, es ahora cuando ella tiene la mente acondicionada. Al volver a la vida normal, se le devolverá su verdadera identidad. La que tiene ahora es falsa, impuesta por sus superiores. También grabaron en su mente otras cosas.

»Por ejemplo, al producirse una alarma, ella tenía que transmitir a la Tierra.

—Pero, Jhon —murmuró Linda, moviendo la cabeza, toda confundida—. ¿Cómo podía enviar el mensaje?

—De pronto, sentiste una repentina necesidad de dormir. En realidad, te sumiste en un trance y telepáticamente enviaste el mensaje a la Tierra que no podías hacer por medio del transmisor, al destrozarse la antena. Claro que tampoco lo hubieras conseguido porque los dhuranianos habían bloqueado las emisiones, por medio de sus interferencias.

—¿Yo soy una telépata? —intentó sonreír Linda.

—Sí. Una estupenda telépata, preparada sólo para actuar como tal durante tus seis meses de trabajo, si las circunstancias lo requiriesen. Y los hechos se hicieron realidad.

»Es más, creo que el fallo en el detector estaba previsto.

—¿Por qué? —inquirió el teniente, Con voz estrangulada.

—Para atraer a los dhuranianos y acabar para siempre con su amenaza.

* * *

—Efectivamente, señor Gross, usted acertó casi en todo —dijo el general Bruce, mirándole, muy serio—. Confieso que estoy asombrado. ¿Por qué dijo al almirante dhuraniano que el penal de Solius era una fortaleza que podía detener la invasión?

Jhon se encogió de hombros. La ayuda había tardado tres días en llegar, un poco más de lo previsto. Pero la flota de la Federación había estado muy ocupada durante aquel tiempo, acabando con las naves dhuranianas, que estúpidamente se habían apostado alrededor del planeta-prisión.

—Todo fue sencillo, realmente. Mi anterior trabajo me ayudó a desgranar el secreto en pequeñas partículas, que luego pudieron ser unidas.

—Los dhuranianos tenían que pasar forzosamente delante de Solius —asintió el general—. Teníamos previsto que se detendrían allí, dándonos tiempo de llegar, una vez recibido el mensaje mental de la señorita Graves.

—¿Es ése el verdadero nombre de Linda?

—Creo que sí. ¿Le preocupa?

—No debería, creo yo. Dejemos eso. Efectivamente, General, calculé que la Federación había enviado a toda la escoria de sus planetas a Solius, por estar éste a mitad del camino que la flota de invasión de Dhura tenía que seguir para poder desparramarse por la galaxia humana. Pensé que no estaría de más hacerles notar a los dhuranianos la conveniencia de destruirlo.

—Y a punto estuvieron. Nosotros llegamos justo a tiempo. Ya estábamos dispuestos, cuando ellos surgieron el hiperespacio. No les dimos tiempo para soltar un solo disparo. Sus naves fueron destruidas en cadena, creo que apenas unas pocas lograron escapar.

—Ya han conseguido lo que se proponían. Durante muchos años estuvieron ideando el sistema de acabar con ellos, ¿no?

—Efectivamente. La Federación no podía sobrevivir mucho tiempo bajo la latente amenaza de esos seres, Gross. Teníamos que forzarlos a atacar, pero en el terreno que nosotros eligiéramos. Adrede hicimos vulnerable Punto Uve, para que ellos se infiltraran por donde nosotros queríamos. Claro que el momento de la invasión no podíamos saberlo. Por eso siempre estuvieron a cargo de Punto Uve personas telépatas, para que, al inutilizar el enemigo los medios normales de comunicación, ellos pudieran hacerla con la mente.

—¿Y Solius?

—Debía existir un planeta con elevado número de humanos, fácilmente captable por los dhuranianos, que pensarían que podía tratarse de una base armada.

—Expusieron miles de vidas como señuelo ¿no? —preguntó secamente Jhon.

—Las probabilidades de que el penal fuese destruido eran mínimas.

—Pero existían esas probabilidades.

—Era un riesgo que una parte de la población humana debía correr para seguridad de la mayoría. Y sólo eran penados.

—Yo sigo siendo uno de ellos.

El general dibujó la primera sonrisa, desde que Jhon estaba hablando con él.

—Bien. Creo que puedo decirle que su condena será reducida bastante, después de lo que ha hecho. Incluso no se le tendrá en cuenta su fuga. Pero, —el general dudó un segundo— no puedo evitar que sea nuevamente conducido a Solius. Sin embargo, puedo garantizarle que no estará allí más de unos meses, hasta que el Alto Tribunal dicte su indulto, señor Gross.

Jhon vio aparecer por la puerta a Linda. Por los pasillos de la vivienda, se escuchaban las pisadas de los soldados de la Federación.

—General —dijo Linda—, ha llegado mi relevo. Seré enviada a la Tierra.

—Sí, lo sé —admitió el general.

—¿También sabe que, cuando me devuelvan mi verdadera identidad, no recordaré nada de lo que aquí ha sucedido? Es posible que admita lo que ha pasado si alguien me lo cuenta, me lo prueba. Pero mis sentimientos no podrán ser devueltos a mí ser.

Su mirada sobre Jhon fue seguida por el general, que se mordió los labios, al comprender lo que la muchacha quería decirle. Para que ella no olvidase su amor por Jhon, él debería estar presente cuando ella recobrase su antigua personalidad. Incluso Jhon también sería reacondicionado, cuando recibiese el indulto en Solius. Pero entonces ambos podrían encontrarse y tratarse como si fuera la primera vez que se vieran, sin manifestarse en ellos el amor que entonces sentían. Jhon trató de sonreír para animarla.

—Es posible que nada de lo que temas suceda. El general asegura que, dentro de unos meses, estaré de nuevo en la Tierra. El indulto...

Linda exclamó:

—El indulto debería ser en este mismo momento. Tú debes volver conmigo, y estar los dos juntos cuando nos hagan olvidar este suceso. Es la única forma de no olvidamos mutuamente.

—Lo haría si en mis manos estuviera —protestó el general, cada vez más molesto por la situación. Parecía sincero, y Jhon se lo agradeció mentalmente.

Escucharon un carraspeo y se volvieron hacia la puerta. Allí estaba

Solomon. Llevaba en las manos un sobre de plástico, lleno de papeles.

—¿Me permiten, señores? —Sin esperar contestación alguna, terminó de entrar en la salita y dejó sobre la mesa los documentos que llevaba —. Creo que tengo algo que decirles.

—Señor Goldman —dijo el general—. Tengo entendido que usted ya debería estar regresando a Solius, en donde parte de la correspondencia dirigida al alcaide, debe serle entregada...

—Precisamente me refiero a ella, general. Cuando tuvimos aquí... ejem... una pequeña discusión, la maleta se abrió y los documentos se desparramaron un poco. Estaba en mi nave, dispuesto a partir, cuando no pude evitar leer algunos de estos papeles. Creo que aquí hay uno muy importante para cierta persona.

Entregó un pliego al general, quien procedió a leerlo. Bruce lo agitó en el aire al terminar su lectura y dijo, asombrado, a Jhon:

—Señor Gross, este documento es, sencillamente, una orden dirigida al alcaide, por el Alto Tribunal, en el cual se le excarcela y declara inocente de todos los cargos que se le imputaban. En la Tierra fueron descubiertos los verdaderos culpables del crimen por el cual usted fue condenado.

—Quiere... ¿Quiere decir que ya no es preciso que Jhon regrese a Solius a esperar un problemático indulto? —preguntó Linda.

—Demonios, ¿cómo puede esperar un indulto una persona que es inocente? —el general carraspeó—. Bueno, creo que el alcaide puede firmar los documentos y remitirlos a la Tierra en el primer correo, diciendo que Jhon Gross está ya en libertad. Precisamente; estoy pensando que pueden volver los dos juntos en un crucero de mi flota.

Linda gritó, alborozada, y se abrazó a Jhon, besándole. El hombre parecía aún confuso, como si no diera crédito a las palabras del general. Este tuvo que ponerle delante de los ojos el papel, que luego devolvió a Sol.

El cartero lo guardó, recogió los demás y dijo tristemente:

—Es la hora de partir —miró a la pareja—. Os deseo que seáis felices. Ah, el teniente me pidió que le despidiera en su nombre. Dice que lamenta que, si vuelve a veros, no os recuerde. El también, como yo, seremos sometidos a un tachón en nuestros recuerdos.

Jhon estrechó la mano de Sol y Linda le besó en la mejilla, diciéndole al oído:

—Eres un mentiroso. Ese sobre estaba herméticamente cerrado y no pudieron los papeles salirse de él. Si has tenido una premonición de lo que podía haber dentro, tengo que agradecértelo toda la vida.

Ruborizado, Sol asintió y salió de la estancia. El general carraspeó.

—Bueno, jóvenes, el crucero hacia la Tierra partirá en seguida. ¿Por qué no os dais prisa?

La pareja salió rápidamente y el general les siguió hasta el pasillo. Allí se detuvo delante de una tronera. Instantes después, los vio correr por la pista de cemento, enfundados en sus trajes de presión, en dirección al crucero.

Sobre sus cabezas flotaban docenas de naves de la Federación, que horas antes estuvieron aniquilando los restos de la derrotada flota de Dhura.

Cuando un oficial se acercó para decirle que el nuevo encargado de la base había firmado el recibo, haciéndose cargo de ésta y podían partir, el general aún sonreía.

Pero sólo se apartó de la tronera cuando el crucero se elevó en dirección a la lejana Tierra.

FIN